

LA FILOSOFIA DE LA VIDA



Mons: Fulton J Sheen

Edición Electronica: Samuel Paez

samypaxz@yahoo.com

PRÓLOGO

Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre, y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos los que lean alguna vez este trabajo de un creyente que quiere amar infinitamente más a Dios. **2**
Corintios 13, 13.

Este libro no es una prueba de las grandes verdades del Cristianismo, sino una descripción, una analogía del Amor de Dios en la creación, siguiendo el camino de la verdad y de la vida; Jesucristo.

El gran arcano de los misterios divinos, no puede conocerse solo por medio de la razón; sino que solo se puede conocer plenamente, por el camino de la revelación.

Una vez en posesión de estas verdades que vamos a tratar, la razón puede sin embargo, ofrecer argumentos para demostrar que “ellas” no solo no son contrarias a la razón, ni destructoras de la naturaleza; sino que están acomodadas al temperamento científico de la inteligencia y a la perfección de todo lo que hay de mejor en la naturaleza. Tal es el propósito de este trabajo; hacer desde nuestras limitaciones humanas, una descripción analógica de las Verdades Reveladas, empezando por lo evidente en nuestro entorno, expresándolas primero científicamente, y luego en términos de biología. Por eso, este libro también podría llamarse “una biología sobrenatural”.

En la selección de esta analogía, procurare mantener un permanente contacto con el gran patrimonio de la Sagrada Tradición, y también con el Texto Bíblico, que está lleno de “relación” entre la vida natural y la sobrenatural, pues el amor de Dios no admite ninguna frontera. Por eso nuestra mirada debe estar puesta no en hipótesis, sino en principios perdurables que no son solamente Científicos o Biológicos, sino Metafísicos y Espirituales.

En estos días de hambre intelectual, “donde hay un océano de conocimientos, con un centímetro de profundidad” las mentes están muriendo de inanición por falta de verdades, como los cuerpos en días de hambre física mueren por falta de pan. En tales momentos, cuando el

hambre, sea intelectual o física, y corroe a cada ser, no es esencial el demostrar qué venenos deben evitarse o qué alimentos haya de comerse; basta presentar el alimento. Es decir: ¡La palabra de Dios viva y eficaz!

En Amos 8, 11-12, dice el Señor Yahvé: He aquí que vienen días en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahvé. Entonces vagaran de mar a mar, andarán errantes de norte a levante en busca de la palabra de Yahvé, pero no la encontrarán.

Sin embargo: por ahora; en un acto extraordinario de la Divina Providencia, Dios nos ha permitido que estemos aquí: yo escribiendo, y tú leyendo; para compartir los misterios de la Fe de la Esperanza y del Amor, en Cristo Jesús Nuestro Señor.

LA VIDA PERFECTA

La Vida: una cosa misteriosa que tan íntimamente está unida a los pensamientos, a las ambiciones, a los placeres y al destino de todos los mortales; La Vida, que a veces parece el más grande de todos los dones, y en otras, el más pesado y triste de todos; La Vida, que se introduce con un grito y se despide con un gemido; La Vida, aquello que más conocemos y que menos conocemos, ¿Qué es? ¿Y dónde está?

La primera respuesta obvia a esta pregunta nos la suministran los sentidos y los mismos hechos sencillos que nos rodean, y es una respuesta que por ser un verdadero lugar común, a menudo escapa a nuestra observación.

La vida se halla primero que todo, asociada en la mente del pueblo a alguna clase de movimiento o actividad. Si vemos, por ejemplo, un animal que esta inmóvil en el campo, empezamos a sospechar que tal vez esté muerto; es el movimiento el que nos dice que el animal está vivo. De igual manera, cuando un niño juega con la exuberancia tan común a la niñez, decimos que esta “lleno de vida”.

Ahora bien, esta tendencia de nuestra parte de atribuir vida a todo lo que es activo es solo la explicación cruda y popular de lo que en realidad es la vida.

Y es que la mayoría de las descripciones científicas son apenas afirmaciones de concepciones populares, medidas y comprobadas numéricamente. La ciencia no desprecia la noción del hombre de la calle, de que la vida es actividad; solo que procura hacerla más precisa al determinar la naturaleza exacta de esa actividad. En otras palabras; establece que la vida es alguna clase de “Actividad Inmanente”.

Es la agregación de la palabra “Inmanente” a la palabra “Actividad”, lo que distingue la vida de las cosas materiales que también están dotadas de actividad, aunque de una clase completamente diferente.

Un Automóvil, por ejemplo, está activo mientras se moviliza, y el motor es activo con determinadas condiciones, “mangueras-gasolina, cables-energía” pero esta actividad es transitoria, es decir, está fuera de la cosa misma. Una piedra es activa cuando rueda montaña abajo, pero esta actividad le ha sido comunicada desde fuera.

Las cosas vivas, por el contrario; están dotadas de una actividad desde dentro y no desde fuera, y cuyo efecto sigue acompañando a la misma cosa como su perfección; por ejemplo, la nutrición en los animales y el pensamiento en el hombre.

Los Biólogos modernos difieren en su descripción de la actividad inmanente como característica de la vida, pero en esencia todos insisten en la tendencia preponderante desde el centro de la periferia, lo cual es la Actividad Inmanente.

Dicen que un cristal crece desde fuera por la agregación de parte a parte, mientras las partículas vivas crecen desde “dentro” por algún principio interior de unidad y fuente de movimiento. La “materia con vida” como la de un animal, es diferente de la “materia sin vida” como el carbón. Y siempre que la “materia sin vida” no hace lo que puede hacer la “materia con vida”, esa diferencia debe tener su explicación en algo en el interior del organismo.

Aun antes del perfeccionamiento de los instrumentos científicos y antes que la tradición de la ciencia nos hubiera hecho conocer los caracteres dominantes de la vida, los filósofos de todos los tiempos en la historia del mundo habían sentido vagamente la necesidad de definir la vida como una actividad desde dentro.

Puede encontrarse una interesante anticipación a la ciencia biológica moderna en los escritos de Santo Tomas de Aquino el gran Filo-Teólogo del siglo XIII, quien después de definir la vida como “actividad inmanente” enuncia este principio: *cuando más grande es la actividad inmanente, más alta es la vida.*

Esta ley es tan universal y verdadera que puede ser verificada en todas las distintas jerarquías del universo: a saber; el orden de las plantas, el orden animal, el orden humano; y aún el orden angélico.

Pero en el orden químico la meditación se expresará de una manera negativa.

El orden químico, que comprende los diversos elementos tales como el oro, la plata, el hierro, el hidrógeno, el oxígeno, el fosforo, y demás; no tienen vida, por la sencilla razón de que no tienen una actividad que les emane desde el interior de sí mismos. Una piedra no se moverá a menos que sea movida por algún poder desde fuera de sí misma.

Miguel Ángel trabajo durante meses en su Estatua de Moisés. Un día, habiendo dado el ultimo toque, y sintiéndose satisfecho, se retiró unos pocos pasos para mirar desde cierta distancia su obra maestra. Allí estaba el gran legislador de los hebreos, fuerte, digno, majestuoso. Aun el autor se sintió lleno de orgullo, y en un arranque de entusiasmo y con tono de súplica, golpeo la base de la estatua diciendo: ¿Porque no me hablas? Pero Moisés no habló. La vida de Moisés era solo aparente. “La vida viene desde dentro” y todo lo que Miguel Ángel pudo darle, vino desde fuera. La vida es una actividad interna, y hasta un genio es incapaz de comunicarla a un bloque de mármol. La estatua es una obra muy hermosa, pero no hay vida en la piedra.

No sucede así con la “Vida en la Planta”, porque en ella si hay “actividad inmanente”. La planta tiene su boca abierta al seno de la Madre Naturaleza, y toma de ésta aquellos elementos necesarios a su propia existencia. No crece por la sola adición de parte a parte como una casa, sino que crece desde dentro por una expansión de sus elementos vitales. La vida de la planta obra desde el centro; la materia desde la circunferencia. El principio de vida que hay en el interior de ella es la fuente de una triple actividad que es característica de toda la vida de la planta.

- 1) La planta que sea, tiene el poder de Generación; por medio de algún poder dinámico en su interior, ella reproduce su clase, como cada nueva primavera y cada nueva cosecha nos dan testimonio abundante, el Maíz, la Papa, la Arveja, el Frijol, el Haba... Etc...
- 2) La planta puede crecer y el poder que la hace crecer es suministrado misteriosamente desde dentro de la planta misma: como dice Jesús; "Contemplad los Lirios del campo como crecen".
- 3) La vida de la planta puede nutrirse por sí misma, por medio de un principio y poder que hay en su interior, ella envía hacia fuera sus raíces, tallo, y hojas que son como emisarios en busca del alimento que ella no acepta por mera agregación, sino que lo hace propio por medio de una verdadera asimilación.

Y si su propia ley de crecimiento y expansión internos exigen que una piedra sea apartada de su camino, esta será apartada, o la planta desviara sus raíces como si fuera consciente de su superioridad sobre el reino inferior en virtud de su actividad inmanente.

Ascendiendo un escalón más, hacia lo alto en la escala de los seres, y aplicando el principio de; *mientras más grande sea la actividad inmanente, más alta será la vida*. Hay una vida más elevada; y esta vida la encontramos en un Animal.

La bestia tiene una vida más plena que la yerba que come, y el Pájaro una vida más plena que las semillas que recoge por los campos, y esto porque en el animal hay una doble actividad inmanente agregada a la actividad de la vida de la planta, es decir, la locomoción y la percepción. El animal, además de la actividad generadora, nutritiva y poder de crecimiento, que tiene en común con la vida vegetal, tiene un incremento de actividad inmanente.

- 1) El Animal puede moverse por sí mismo de lugar a lugar, en busca de pastos más abundantes y mejores. Nunca es esclavo de su ambiente próximo, como la planta, que debe aceptar la luz del sol y las sombras tan restringidas como la naturaleza se las da.
- 2) El Animal tiene la inmanencia adicional del sentido de la percepción: puede conocer de una manera sensible las cosas que ve y oye. El Perro puede conocer la voz de su amo y el Pájaro conoce los cantos de la mañana de sus hermanos cuando estos van

por el aire. En otras palabras, el animal puede poseer una cosa dentro de sí en una manera mucho más noble que la planta.

- 3) El Animal puede poseer las cosas en sí mismas, no solo físicamente por asimilación, sino también mentalmente, por medio del sentido del conocimiento. Y es en virtud de su percepción sensible de las cosas más que por su poder de moverse por sí mismo, por lo que el animal se clasifica en un puesto más alto en la escala de la "*actividad inmanente*" superior a las plantas.

Es el incremento de la actividad producida desde dentro, lo que constituye la diferencia.

Subiendo otro escalón en esta jerarquía de la creación, encontramos al "Hombre" una nueva clase de inmanencia agregada a la que tiene en común tanto con la planta, como con el animal, es decir, la actividad interna del Pensamiento y la Voluntad. El principio de vida es la fuente de una nueva clase de actividad no hallada hasta aquí en todo el reino de la creación, una actividad que, a causa de su misma superioridad, lo señala como el amo de la creación, y es el poder de pensar y de querer.

- 1) El Hombre puede reproducir su especie, puede crecer, se puede alimentar por sí mismo, y en esto es semejante a las plantas y a los vegetales.
- 2) El Hombre tiene también el poder de locomoción y el poder de ver, gustar, tocar, oler y oír, y en esto es como el animal.

Pero ningún otro ser es como él, en su capacidad de conocer y amar, de pensar y querer. En el Hombre, por primera vez en la larga búsqueda de la vida perfecta, hallamos un ser que retiene en su interior los frutos de la actividad inmanente.

El producto de la actividad inmanente de la planta es la semilla, y el producto de la actividad inmanente del animal es la especie, y estas continúan su existencia aparte de su progenitor. Pero en el hombre, el fin de su actividad inmanente que es pensar y querer, permanecen dentro de sí mismo.

Yo concibo un pensamiento, por ejemplo, "Amor" este pensamiento no tiene tamaño, ni peso, ni color. Nunca he visto a "Amor" corriendo por una larga pista o sentándose a una comida. ¿De dónde ha venido la idea? Ha sido "Generada por la Mente" así como el animal engendra su especie. Hay generación por lo tanto, en la mente, así como hay generación en la

vida de la planta o en la vida del animal, pero aquí la generación, es espiritual.

Y por el hecho de que su generación y fecundidad son espirituales, el producto de su generación, permanece en la mente. No cae como la semilla del trébol, ni se separa de la matriz como el Conejito de su Madre. El embrión del animal hizo una vez parte de sus padres, pero en el curso necesario de la naturaleza nació un día, esto es, se separó de la Madre.

Pero en la vida intelectual, la concepción mental tiene lugar y nace un pensamiento de la mente, pero este siempre permanece dentro de la mente y nunca se separa de ella. La inteligencia preserva de tal manera a su crío, que los más grandes pensadores de todos los tiempos la han llamado la clase más alta de vida sobre la tierra. Este es el sentido que hay detrás de las palabras del salmista; *La vida consiste en conocimiento.*

El fin del conocimiento del hombre, no es “éste bien” como en el animal, sino el bien, la verdad, la belleza, etc... Así, levantándose por encima de las cosas buenas, las cosas verdaderas y las cosas bellas, se eleva por esa misma razón, por encima de todas las cosas finitas, a una comunión con lo absoluto que es el Bien, la Verdad y la Belleza. Lo que se dice de la inteligencia se puede decir de la voluntad. El poder que inclina al hombre a buscar fines y propósitos, que lo impele a tal y tales amores y odios, gustos y disgustos, no es solamente algo completamente fuera de él, y por consiguiente algo completamente material. Las escogencias vienen de su interior.

La piedra no tiene voluntad; su actividad está enteramente determinada por una ley impuesta a ella desde fuera. Por ejemplo, debe en obediencia servir a la ley de la gravitación, caer a la tierra cuando es dejada caer desde mi mano.

De igual modo que las cosas materiales son dirigidas hacia sus fines por las leyes de la naturaleza, así también los animales son dirigidos hacia sus fines por el instinto. Hay una desesperada monotonía en el trabajo del instinto animal; por esto es por lo que el animal nunca progresa. El Pájaro nunca mejora la manera de construir su nido, ni cambia el estilo del romano para encorvar ramas que expresen la penetrante devoción del estilo gótico. Su actividad es una actividad impuesta, no libre.

Pero en el hombre hay una elección libremente determinada por la persona misma. La razón destaca uno de entre los miles de blancos posibles y la voluntad escoge “uno” de entre muchos proyectos diferentes para llegar a ese blanco. La simple palabra “Gracias” será siempre una refutación al determinismo, porque ella implica que algo que se ha hecho, posiblemente pudo haberse dejado de hacer.

No solamente la escogencia viene desde adentro, y no del exterior como sucede con la ley de la gravitación en el caso de la materia, y como sucede en este bien sensible particular que es una extensión de pasto, por ejemplo en el caso del animal, sino que la voluntad puede a menudo buscar su objeto en el alma misma y hallar allí reposo. El amor al deber, la búsqueda de la verdad, y la persecución de ideales intelectuales, todos estos son algunos de los muchos fines inmanentes o finalidades, que prueban una vez más, que el hombre tiene una actividad interna que sobrepasa en mucho a la de las criaturas inferiores, y le da supremacía espiritual sobre ellas.

Por esto es por lo que el hombre es el amo del universo; por esto es por lo que está en su derecho encauzar las caídas de agua y sacar de ella energía eléctrica para mover toda clase de electrodomésticos, hacer de la planta su alimento sazonando cada vez un plato más exquisito, aprisionar los pájaros para deleitarse en su canto, y servir el venado en su mesa, etc... Existe una jerarquía de la vida en el universo, y la vida del hombre es más alta que cualquier otra vida, no porque él tenga poder nutritivo como la planta, ni porque tenga poder generativo como la bestia, sino porque tiene poder de pensar y querer libremente como Dios.

Partiendo con una definición muy elemental de la vida como actividad, desarrollando esta a la luz de los hallazgos de la biología moderna; y finalmente, tomando la ley de que *mientras más grande sea la actividad inmanente, más alta es la vida*; hemos examinado los diversos ordenes de la creación desde el orden químico hasta el hombre, habiendo encontrado que la ley se verifica en cada uno de esos órdenes: Las plantas poseen una vida y están por encima de los elementos químicos y los minerales en virtud de la actividad inmanente de nutrición, del crecimiento y reproducción; los animales disfrutan de una vida más alta que las plantas a causa de su actividad inmanente aumentada en la auto locomoción y el

sentido de percepción; el hombre posee todavía una vida más alta a causa de la actividad inmanente doble del pensar y del querer.

Y con todo: en ninguno de estos órdenes puede encontrarse la VIDA PERFECTA, aunque la vida se hace más perfecta a medida que ascendemos en la escala de la creación. Cada uno de estos órdenes está marcado con la imperfección a causa de que se hallan sujetos a una dependencia radical de alguna otra cosa, sea para la conservación o la continuación de su vida.

La vida de la planta, por ejemplo, no podría nunca continuar sin la ayuda del aire, la luz del sol, los fosfatos, y demás elementos que recibe de fuera. Además de esto, depende para la continuación de su vida de otra generación distinta de ella, y para este fin deja caer su semilla al suelo, donde una nueva planta o un nuevo árbol empieza una existencia distinta y separada.

El animal de igual manera, está marcado con una imperfección doble, pues depende de seres externos no solo para el comienzo y conservación de su vida, sino también para su misma continuidad. El animal no es idealista, porque no podría nunca ejercitar su percepción sensorial a menos que haya objetos externos a él, así como nunca podría continuar su vida animal sin la ayuda de otras criaturas que le sirven de alimento. Lo que constituye una imperfección todavía más importante, es el hecho de que el animal busca siempre un bien que no es nunca un bien en sí mismo, es decir, *el bien*, sino únicamente “este bien”: un arroyito cristalino, un nuevo forraje, o una presa. El fin de su conocimiento sensorial como expresión de su propio poder generativo es algo fuera de El mismo. De modo que La Vida Perfecta, no se encuentra en el animal.

Ni tampoco está la vida perfecta en el hombre así posea la inmanencia adicional de la facultad del conocimiento y del amor, pues la misma operación de estas facultades depende de los elementos materiales suministrados por los sentidos. Cuando nacemos, nuestra mente es como un pizarrón completamente limpio, y si estuviéramos privados de los cinco sentidos, nunca podríamos conocer. Debemos ir por el mundo visible que nos rodea y entablar contacto con él por medio de la vista, el tacto, el gusto, el oído y el olfato, antes que podamos generar ideas como “Justicia” y “Verdad”, y antes de que amemos esas ideas como ideales.

Aunque el producto de la actividad inmanente del hombre, es decir, el pensamiento, no cae de El como una semilla de la planta o la prole del animal, sino que permanece dentro de El mismo, sin embargo los materiales necesarios para la elaboración de ese pensamiento los tiene que tomar de fuera. En el hombre existe una dependencia radical de las cosas externas, y entonces, si queremos encontrar la Vida Perfecta, tenemos que avanzar más allá del hombre.

¿Pero dónde hallar la vida perfecta? Ciertamente no tenemos derecho a prejuzgar el caso y decir que no hay vida por encima del hombre, así como una encina no tiene derecho de decir que no hay vida por encima de ella. Por el contrario, la biología insiste en el principio de que los seres vivos solo pueden venir de la vida, y la generación espontánea es imposible.

Pero si los organismos vienen de un huevo dotado de vida, y las células vivas vienen de células vivas, ¿Por qué todas las cosas vivas de este universo no habrían de provenir de una Vida original, la cual debe necesariamente ser Perfecta so pena de nunca contar ni siquiera para la vida imperfecta de la tierra?

La vida nunca puede venir de abajo, porque de otra manera resultaría que lo más grande provendría de lo menos grande, y lo que por su naturaleza tiende a la simplicidad "la materia" vendría a ser lo que por su naturaleza tiende a su complejidad "la vida".

Pedro y Juan si caminan en dirección contraria nunca pueden encontrarse. La Razón, trabajando en el mundo visible, por una simple aplicación del principio de casualidad asciende hasta la necesidad de esa Vida Perfecta, libre de toda dependencia de todo lo que es exterior, y esta vida perfecta, la llamamos Dios.

Como una pirámide poderosa que va desde lo más bajo de la materia hasta el mismo trono de Dios, existe una inmanencia creciente en las cosas hasta que llegamos a Dios donde hallamos una actividad inmanente perfecta y por lo tanto una vida perfecta. No hay imperfección en Dios, ni en el principio ni en el fin de su vida, porque Él no tiene ni principio, ni fin. Porque Él es el Alfa, o el Principio de las cosas, no tiene necesidad de ir fuera de sí mismo para buscar los elementos necesarios a su Vida. Porque Él es el Omega, o el fin de todas las cosas, no necesita mirar hacia otra

buscando la continuidad o perfección de Su Vida. El posee dentro de Sí, la perfección y la plenitud de la Vida.

¿Pero cuál es la naturaleza de esta actividad inmanente en Dios? ¿A qué compararemos esto? No puede ciertamente ser la actividad de la nutrición como en los animales, porque Dios no tiene cuerpo. Debe ser alguna actividad espiritual como en nuestra propia alma, y esto es precisamente lo que es. Guiados por la revelación, conocemos que la vida interior de Dios es la actividad Inmanente de Su Inteligencia y Su Voluntad, que son idénticas en su mismo ser.

Debido a que tenemos una substancia espiritual que tiene una inteligencia y una voluntad, podemos mirar en nosotros mismos, buscando algún débil reflejo de esa gran vida de Dios, así como yo puedo mirar a la pintura de un atardecer en Noruega para tener alguna idea de la realidad que él representa. El estudio de nuestra propia alma revelara en modo semejante la Vida de Dios.

En la prisión de mi cuerpo hay una lámpara que ha sido encendida y que alumbrara por siempre; esta es mi alma, la fuente de mi vida y el principio por el cual vivo. Mi cuerpo dejara de vivir en el momento en que esta alma lo abandone. Ahora bien, ¿esta alma, este espíritu, que hace? Hace dos cosas: piensa y ama.

Primero que todo Piensa. Piensa en cosas más allá de los límites de los sentidos; piensa en cosas tan espirituales como la Belleza, la Verdad, el Amor, la Fortaleza, el Valor, la Prudencia... ¿De dónde han venido esas ideas? No han venido enteramente del mundo exterior, porque nadie ha visto, ni oído, ni tocado la Justicia, la Belleza, la Fortaleza, aunque sí hemos visto un hombre Justo, una rosa Bella, o un soldado Valiente.

Estas ideas, como vemos, han sido generadas por la mente al igual que una planta genera una planta de su especie y un animal genera un animal de su especie. La única diferencia es que, en el caso de la mente, la generación es espiritual.

Ahora bien, esta idea mental, o esta “palabra” como se le ha llamado – pues aun antes es pronunciada como una palabra interna- ¿Qué es? ¿Es mi alma o es algo distinto de ella? No es mi alma porque mis pensamientos vienen y van. Yo puedo pensar en el Arte, en Dios o en los Negocios. En un momento mi pensamiento se ocupa del gozo, en otro del dolor; los

pensamientos que están en mi mente por un minuto, no están en el siguiente. Yo olvido las ideas de ayer. Por lo tanto; mis ideas y mi espíritu son distintos el uno, del otro.

Yo puedo encontrarme contento conmigo mismo, enojado conmigo mismo, puedo disfrutar con mis propios ensueños y fantasías estando despierto, puedo pasar revista a mi vida delante de los ojos de mi mente, puedo aun sentirme embarazado por mis propios errores. En una palabra, mi vida interna es un largo coloquio conmigo mismo, y sin embargo yo soy uno solo.

El pensamiento, a pesar de ser *distinto* de mi alma, no está *separado* de ella; cuando este se halla presente, mi alma lo ve allí. Yo soy así, a la vez uno, y doble. Hay unidad de substancia y pluralidad de acción. Aunque de una sola substancia, mi alma es fecunda, es decir, es capaz de generar pensamiento sin perder nada de sí misma. Se multiplica sin perder nunca la perfección de su unidad. Aunque yo te diga, o te escriba mis pensamientos, estos permanecerán conmigo. Yo doy, y sin embargo retengo. Género y sin embargo no pierdo nada. ¡Cuánto más en el caso de Dios!

LA VIDA TRIDIMENSIONAL

Aquí dependemos de la Palabra revelada de Dios, pues la razón humana, dejada a sí misma, nunca podría conocer la vida íntima de Dios. San Pablo escribiéndole su primera carta a los Corintios 2, 10-11, nos dice: Porque a nosotros nos lo revelo Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿Qué hombre conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce a lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios.

El razonamiento que aquí se sigue no es una prueba acerca de la Santísima Trinidad, sino una analogía y un argumento, para mostrar que la presencia de Dios en medio de nosotros, con su amor, y como verdad y vida, no es contraria a la razón humana tan limitada.

Dios es un Espíritu. Su primer acto, es Pensar, pero su pensamiento no es como el nuestro; no es múltiple. Dios no piensa un pensamiento en un

momento y otro en el próximo momento. El no piensa en ti este momento, y en mí el próximo. En la mente de Dios los pensamientos no están destinados a nacer para morir, y morir para nacer en seguida. *Todo está presente para El a la vez.* En esto, Su pensamiento difiere del nuestro, siempre que nuestros pensamientos son distintos, uno siguiendo al otro. En Dios hay solo un pensamiento; Él no tiene necesidad de otro. Este pensamiento es infinito e igual a El mismo; alcanza hasta los abismos de todas las cosas que son conocidas o pueden ser conocidas.

Este pensamiento de Dios único y absoluto, el primogénito del Espíritu de Dios, descansa eternamente en Su presencia y es una representación exacta de El mismo, o, como ha dicho San Pablo; “Su Imagen, el esplendor de su gloria, la figura de Su substancia” Este pensamiento de Dios es una Palabra, así como nuestra mente tiene una palabra interna.

Pero la Palabra de Dios es Una, una por siempre sin ser repetida: la Palabra que San Juan oyó en los cielos cuando empezó su Evangelio sublime: “*En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. Él estaba en el Principio con Dios*” Y este pensamiento, esta Palabra, debido a que es generada, se llama un *Hijo*, pues un hijo es el producto de la generación aun en el orden físico. Y el Principio activo de esta generación es llamado Padre, así como el principio activo de la generación en el orden físico es llamado Padre. Cuando nuestras mentes conciben una cosa, esta tiene una representación de esa cosa en la mente, “verbo mental” así también, cuando el Padre se concibe a Si mismo, allí está el pensamiento que subsiste eternamente, la Palabra concebida, el objeto de la eterna contemplación del Padre.

Frederick William Faber, en éxtasis de contemplación, dice; Entre el silencio eterno hablo la Palabra sin fin de Dios; nadie oyó excepto Aquel que siempre habla, ¡Oh maravilla, oh veneración! No se oye ningún canto ni sonido, pero en todas partes y a toda hora, en amor, en sabiduría y en poder, habla el Padre su Palabra querida y eterna. Desde la vasta tranquilidad del Padre, en luz co-igual fluye la inefablemente dulce palabra con substancia. ¡Oh maravilla, oh veneración! No se oye ningún canto ni sonido, pero en todas partes y a toda hora, en amor, en sabiduría y en poder, habla el Padre su Palabra querida y eterna.

Esta Palabra es llamada un Hijo porque es la imagen y semejanza perfecta del Padre: “Imagen del Dios Invisible” “El resplandor de su Gloria y vivo

retrato de su substancia". Si un Padre terrenal puede transmitir a su hijo todas las noblezas de su carácter, ¡Cuánto mas no podrá el Padre celestial comunicar a Su Hijo toda la nobleza con toda la Perfección y Eternidad de su ser! El Hijo es co-eterno con el Padre. El Padre no es Primero y luego piensa; los dos son simultáneos. En Dios todo es presente; todo es incambiable; nada es nuevo, nada es viejo; nada es añadido, nada es perdido.

Y este pensamiento de Dios es distinto de Dios sin estar separado de Él, como mi pensamiento es distinto de mi alma sin estar separado de ella. De igual modo que los rayos de luz salen del Sol sin estar separados de él, como un objeto presentado delante de un espejo se revela a si mismo sin destruir el original, así también en manera aún más sublime es el Hijo generado eternamente por un Padre Eterno como distinto de Él, y nunca separado de Él, y sin embargo no disminuyendo nunca las perfecciones del Padre.

Así es como el Padre, contemplando Su Imagen, Su Palabra, puede decir en el éxtasis de la primera y real Paternidad: *TU ERES MI HIJO; ESTE DIA TE HE ENGENDRADO*. Este día: en este día de paternidad, es decir, en la duración indivisible de ser sin cambio. Este día: en este día, Dios piensa y engendra a Su Hijo; hoy, en ese acto que nunca terminara como nunca empezó.

Fulton J Sheen, dice; Volved al origen del mundo, acumulad siglo sobre siglo, edad sobre edad, evo sobre evo, eón sobre eón. *El Verbo estaba con Dios*. Y ese Verbo, Imagen y Esplendor del Padre, se hizo carne: "*Y el Verbo se hizo Carne y habito entre nosotros*". Y ese Verbo no es otro que JESUCRISTO, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo que abarca el principio y el fin de todas las cosas: el Verbo que existe antes de toda la creación; el Verbo que presidio en la creación como el Rey del Universo; el Verbo hecho Carne en Belén; el Verbo hecho Carne en la Cruz y el Verbo que habita hecho Carne, Divinidad y Humanidad, en el Sagrario: El Emanuel Eucarístico que nos espera allí Manso y Humilde.

Y el Viernes Santo de hace 20 siglos no marca el fin de Jesucristo, como no marco el principio. Es uno de los momentos del Verbo Eterno de Dios. Jesucristo tiene una prehistoria: la única prehistoria que es realmente prehistoria; una prehistoria que no se puede estudiar en el limo de los pantanos primitivos, sino en el seno del Padre Eterno. La prehistoria no ha de estudiarse solamente en las rocas y estratos de la tierra, sino en el Verbo

encarnado que trajo la prehistoria al mundo que aun desde entonces ha fechado todos los anales de los eventos humanos en dos periodos: el periodo antes de Cristo, y el periodo después de Cristo. Aun en el caso de que fuéramos a negar Su existencia, tendríamos que fechar esta negativa como hecha “tantos años” después de su nacimiento.

Y volviendo a la persona humana; el Hombre no solo piensa. También ama, porque tiene una voluntad como tiene una Inteligencia. El amor es el segundo acto del alma como pensar es el primero. El amor es un movimiento hacia un objeto amado para unir a este con nosotros mismos. El amor es distinto de mi alma, pues, aunque mi alma existe por toda mi vida, yo no amo las mismas cosas. También es distinto de mis pensamientos, pues un pensamiento es sencillamente una mirada o una visión; por ejemplo yo digo, “Veo” cuando quiero decir “yo entiendo”. El amor por el contrario, no es una mirada sino un movimiento.

El animal, por ejemplo, gusta de la yerba verde y se mueve hacia ella. Aunque el amor es distinto del alma y distinto del pensamiento, procede de ambos.

Tomemos un artista por ejemplo: su alma genera una idea; una estatua de la Santísima Virgen María. Supongamos que su alma se detiene allí. ¿Llegara a ser puesta en piedra esa idea? Si el artista no ama su idea, nunca tomara el cincel para trabajar. Así el amor del escultor por su idea viene de su alma, aunque el escultor sea uno solo.

Todo ser ama su perfección. La planta ama la luz del sol, pues esta es su perfección; el pájaro ama su alimento, pues este es su perfección; el ojo ama el color, pues el color es su perfección; en el sentido estricto del término, el intelecto ama la verdad, pues la verdad es su perfección.

La perfección del Padre es el Hijo, o la perfección del Pensador Eterno es el Pensamiento Eterno. El Padre, por consiguiente, ama al Hijo.

El verdadero amor solo puede ser el fruto del amor subsistente. El amor más noble tiene dos términos: el que ama y el que es amado. En el amor, los dos términos son recíprocos. Yo amo y soy amado. Entre mí y el que yo amo hay un lazo. Este no es mi amor; no es tampoco su amor. Es nuestro amor: el resultante misterioso de dos afectos, un lazo que encadena y un abrazo donde los corazones laten a un solo gozo. El Padre ama al Hijo y el

Hijo ama al Padre. El amor no solo está en el Padre; no solo está en el Hijo; es algo entre los dos.

El Padre se embriaga con el Hijo que El engendra, el Hijo se embriaga con el Padre que lo engendro, se contemplan mutuamente, se aman uno al otro, se dan mutuamente y se unen en amor, en un amor tan poderoso y tan perfecto y tan fuerte que forma entre ellos un eslabón vivo, pues el amor en tal estado no puede expresarse con meras palabras, cánticos o gritos apasionados. El amor a tal grado no habla, no grita; se expresa a sí mismo como nosotros lo hacemos en algunos momentos inefables: por una inspiración, un suspiro. Y la inspiración del Amor no es pasajera como la nuestra, sino Un Espíritu Eterno y ese Espíritu Eterno, es el Espíritu Santo, la tercera persona de la Santísima Trinidad.

De cómo sea esto, no lo sé yo, pero sí creo en el Testimonio de Dios revelando que el Espíritu Santo ha sido enviado por Dios a gobernar a la Iglesia: nuestro Señor dijo “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñara todas las verdades” Y de aquí que la continua sucesión irrompible de la Iglesia desde los días de Cristo hasta nuestros días es debido no a su organización, pues ella es llevada en frágiles barquillas, sino debido a la profusión de este Espíritu sobre el Vicario de Cristo, el Papa, y sobre todos los que pertenecen al Cuerpo Místico de Cristo, es decir nosotros los bautizados.

Tres en una: Padre, Hijo y Espíritu Santo: tres personas en un solo Dios: ¿Cómo puede ser? Hay algunos leves vestigios de esta vida en nuestra propia alma. Yo conozco y yo amo. ¿Qué es el conocer? Es el alma actuando en cierta manera. ¿Qué es el amor? Es el alma actuando en otra manera. Aunque yo soy, aunque yo pienso, aunque yo amo, mi alma permanece substancialmente una; y aunque Dios piensa y ama, el pensamiento y el amor permanecen perfectamente con El mismo, no pasando nunca fuera como el fruto de un árbol o la progenie de un animal. Hay una actividad inmanente perfecta, y por consiguiente una vida perfecta. DIO ES VIDA.

La Santísima Trinidad es un misterio impenetrable, no contrario a la razón, sino por encima de esta. Pero si nosotros deseamos algún análisis razonable de que no hay contradicción entre razón y revelación, entonces podemos tomar la explicación corriente entre los teólogos del Oeste desde San Agustín, que dice: Así como el tronco, las hojas y las ramas consiguen

formar un solo árbol y no tres; así como los tres ángulos de un triángulo consiguen formar un solo triángulo y no tres; así como la dirección, el brillo y el calor del Sol consiguen formar un solo Sol; así como el largo, el ancho y el alto de mi cuarto forman un solo cuarto; así como el agua, el hielo y el vapor son las tres manifestaciones de una sola y misma substancia; así como el movimiento, limpidez y fluidez del agua no componen tres ríos sino uno; así como la forma, el color y el perfume de la rosa no forman tres rosas sino una; así como nuestra alma, nuestra inteligencia y nuestra voluntad no forman tres substancias sino una; así como $1 \times 1 \times 1$ son iguales a 1, y no a 3, así también, de una manera más misteriosa hay tres Personas en un Dios y sin embargo hay un solo Dios.

Busquemos la vida donde queramos, y no la encontraremos sino en Dios. “Descorramos los cerrojos que encierran los secretos de la naturaleza; estudiemos el rostro cambiante de los cielos” La vida no está allí. “Coloquemos nuestro corazón a latir contra el corazón del crepúsculo, y compartamos su calor contagioso”. La vida no está allí. Dilatemos nuestra búsqueda de la vida hasta que “la juventud estropeada haya quedado debajo del montón de años, y los días se hayan deshecho y esfumado como el humo”. Y tampoco la vida estará allí.

Solo debemos estar satisfechos donde se “esconden los almenares de la eternidad”, donde hay vida que es la comunión Infinita de lo Infinito consigo mismo, la Vida Original de todos los seres, *la Vida Eterna*, de donde han emanado todas esas vidas: Dios, la vida de todo lo viviente. Por Esta los Ángeles son inmortales; por Esta nuestras almas tienen una existencia imperecedera; por Esta los animales se mueven y crecen; por Esta las plantas tienen su ser.

Si Esta Vida Eterna desapareciera, toda la vida terrenal caería nuevamente a la nada, pues toda la vida que hay en el globo es prestada.

La vida no es un empuje desde abajo sino un don desde arriba; la vida humana no es la perfección de la vida animal; es una representación imperfecta de la Vida Divina. No existe la generación espontánea en este mundo, ni natural ni sobrenaturalmente. La Vida debe venir de la Vida. Cuando regresamos a Esta, Vivimos, cuando nos apartamos de Ella, morimos: y esa Vida –La Vida Divina- la única Vida que todos buscamos, muchos sin saberlo, es la Vida de Dios, la Vida dentro de la cual toda Vida

descansa: El Padre, El Hijo, y El Espíritu Santo: ¡Para quien sea toda la gloria y el honor por siempre!

LA VIDA FECUNDA

Toda vida es entusiasta. La naturaleza de la vida es ser entusiasta, pues toda vida tiende a difundirse y comunicarse y aun a rebosar sus perfecciones con el fin de que otros puedan compartir su gozo de vivir. Los griegos antiguos y los filósofos escolásticos acostumbraban expresar esta verdad en este principio: *“Todo lo que es bueno tiende a difundirse por sí mismo”*. En los tiempos modernos esta misma doctrina se pone más a menudo en lenguaje biológico y se expresa en estas palabras: *“Toda vida es fecunda”*. Ambas expresiones, aunque engalanadas de diferente terminología, dicen la misma verdad, es decir, que la naturaleza de la vida es desparramarse o generar otra vida.

Hay cuatro jerarquías de seres a los cuales puede aplicarse este principio: el químico, la planta, el animal, y el racional. Aunque no hay vida en el orden químico, existe la difusión de la bondad que este posee. El agua se difunde en el vapor. El sol se difunde en luz y calor. El oxígeno, que está en el aire, se difunde en las aguas del mar, haciendo posible la vida de los peces que allí viven.

En el reino de la planta no solo hay una difusión de la materia, sino también de vida; en otras palabras, hay una verdadera fecundidad. La encina es buena y se difunde en la generación de la bellota. El árbol es bueno y se difunde generando frutos; la vid es buena y se difunde generando uvas; el rosal es bueno y se difunde generando rosas; la flor es buena y se difunde produciendo perfume; la planta es buena y se difunde produciendo otras plantas.

El animal también es bueno y se difunde produciendo otros de su especie. La oveja es buena, y los campos abundan corderitos retozones; el pájaro es bueno, y el aire se llena con los dulces trinos de sus parejas. Aun los animales de clase más inferior que conocemos no son extraños a esta ley. Existe una clase de animal tan pequeño que no puede ser visto por el ojo limpio sino ayudándolo de modernos microscopios. Es el paramecio que no tiene sino una célula. Sin embargo, él se mueve; selecciona su

alimento; puede respirar, aunque no tiene pulmones; puede digerir los alimentos, sin tener estomago; a pesar de no poseer corazón, su alimento circula por toda su estructura, y sin órganos sensoriales es sensible y responde a los estímulos. El método usual por el cual estos animales se difunden es por la división de la célula. Se empieza a formar una nueva célula en la célula madre, y al fin se separa y crece; y esta a su vez repite el proceso. Así pueden formarse dos o tres generaciones en una hora.

Pero sea que estudiemos la vida de esta paramecia o la de un elefante, el principio sigue siendo verdadero en el orden animal. La vida es buena y se difunde por sí misma. La naturaleza no conoce excepciones a la ley de que la vida es fecunda. La vida engendra otra vida.

El hombre tiene vida y la vida es fecunda. No insistiré en su fecundidad física, porque en esto es como todo animal: el proceso es el mismo.

Más bien pasamos a esa clase de fecundidad más alta, que solo tenemos los seres humanos, vale decir, a la generación y difusión del pensamiento. Siempre que pensamos, la mente engendra una idea de la cosa conocida, que es espiritual como la facultad en la cual reside. Esta formación de ideas por parte de la mente es una verdadera generación, el producto de la fecundidad intelectual. La idea generada no cae fuera de la mente como cae la semilla de la planta, o el fruto del árbol, o la progenie del animal. La idea permanece en la mente después de haber sido generada, y es distinta del alma aun cuando no este separada de esta, pues, cuando la idea está presente, mi alma la busca allí, y cuando está ausente mi alma la busca en la mente.

Pero la mente no es fecunda solamente generando vida intelectual; sino que debido a que es buena tiende a difundirse. La más alta clase de comunicación es la comunicación del pensamiento, y es la sublimidad de esta comunicación lo que constituye la medida de la grandeza no solo de los individuos sino también de la civilización. Toda enseñanza esta basada en la posibilidad de tal difusión. Es el pensamiento el que regula el mundo. **EL PENSADOR VIVE POR SIEMPRE, Y EL LABRADOR MUERE EN UN DIA.**

En el orden material, entonces, la difusión es existencial; en el orden de la planta, la difusión es vital; en el orden animal, la comunicación es sensitiva; y en el orden humano, la difusión es intelectual. Con el incremento de la vida hay un incremento en la inmaterialidad y la perfección de su

fecundidad. Como una poderosa pirámide que se levanta hasta su cima, la vida se levanta con una fuerza creciente en la espiritualidad de su fecundidad. Y, sin embargo, en ninguno de estos órdenes encontramos la fuente de la fecundidad de la vida.

¿Dónde buscaremos la perfecta fecundidad de la vida? ¿Por qué es fecunda la vida? Si hay fecundidad imperfecta en la vida imperfecta, ¿no habrá fecundidad perfecta en la vida perfecta? Si el cuadro que representa la rosa es bello, ¿no será acaso más perfecta la misma rosa? Si la Inmaculada Concepción pintada por Murillo es inspiradora, ¿habremos de negarle inspiración al artista? Si los rayos del sol son brillantes, ¿no será acaso más brillante todavía el mismo sol? Si nosotros recibimos solamente la 2.200.000.000-esima parte de la luz del sol, ¿no será que recibimos solamente una débil participación de lo que es la perfecta fecundidad? De la misma manera –y más adelante lo ampliaremos– “Nadie da un amor que no tiene”.

¿No tendrá acaso Vida el dador de Vida? ¿No será Bueno el dador de Bondad? Es Bueno no con esa vida imperfecta que es mezcla de muerte, ni con esa bondad imperfecta que es una mezcla de maldad, sino con esa bondad que no es otra cosa que la misma Bondad. ¿No será acaso fecundo el dador de fecundidad? En las palabras reveladas de la Sagrada Escritura dice Yahvé: ¿Yo, que hago que otros tengan hijos, no había de tenerlos también? ¿Yo, que doy generación a otros, habría de ser estéril?

¿Pero cuál es la naturaleza de esta Fecundidad Divina? Si todo lo que es bueno se difunde a sí mismo, ¿Cuál es la naturaleza de la difusión de la Bondad perfecta? Es doble: interna y externa. La difusión interna nos es revelada en la Santísima Trinidad. Dios, ya se ha dicho, es fecundo. Desde toda la eternidad engendra a Su Verbo. El Padre piensa; El piensa un Pensamiento. Ese Pensamiento es un Verbo, y el Verbo, debido a que es generado, se llama un Hijo. Este producto infinito de la Fecundidad Infinita necesariamente es único, porque en la Infinitud del Hijo, la Fecundidad Infinita encuentra su completa suficiencia. Y siempre que el amor, en su verdadero significado, es la atracción de aquellos que se comunican en la vida, se sigue necesariamente que hay un amor permanente entre el Padre y el Hijo, y este amor permanente que es distinto de ambos, aunque no separado, es el Espíritu Santo.

Esta difusión de la Vida Infinita en la comunión de la verdad y el bien, no agota la Fecundidad de Dios. Hay además otras clases de difusión que son libres y externas, y que dependen de la libre elección del Dios Todopoderoso. Dios no tiene necesidad de estas manifestaciones externas. No tiene necesidad de espacio para su permanencia, pues su Vida es Inmensa. No tiene necesidad de tiempo en que existir, Pues Su existencia es eterna. Él encuentra en El mismo la vida de Infinita Variedad, la amable compañía de las Tres Personas en Dios. Él es su propio templo, Su propia Duración, Su propia Existencia y su Propio horizonte embriagador. Si El desea crear, o encarnarse, o vivir una Vida mística, esto lo hace, según las palabras de Santo Tomas de Aquino, “no a cuenta de utilidad sino de bondad”.

Por el libre impulso de Su Corazón, sin ser obligado, ni por tener el deber, o ser inducido por los méritos de algún amor, Dios se manifiesta a Si mismo externamente. Él es, por tanto, el único Ser Libre, porque solo El actúa no por Su propio beneficio, sino en virtud de Su Bondad. Un ser humano, por ejemplo, que da ser a otro desde su seno generoso, realiza un acto de plena y absoluta soberanía. Es padre porque ha querido serlo, como Dios es Creador, Padre y Cabeza, porque ha querido.

Pero aunque Dios quiere libremente revelarse a las creaturas, El solo hace esto progresivamente. No descorre de una vez el velo que oculta Su Augusta Majestad. El da en este mundo a sus criaturas pequeños destellos de su gloria, mientras que reserva para el cielo la plena visión. A medida que los siglos giran en el espacio, Él nos permite captar una pequeña y furtiva visión de su Grandeza Inefable. Y cada nueva revelación ha hecho que Él sea mejor conocido y mejor amado.

¿No hemos visto alguna vez la luz del sol pasando por un prisma y notado como esta se quiebra en siete colores del espectro que van desde el rojo vivo hasta el violeta oscuro? Exactamente de igual manera que esto, la naturaleza de Dios se quiebra para nuestra inteligencia en la triple difusión de la vida divina: *La Creación, La Encarnación, Y la Iglesia*; Dios brilla a través del prisma de la creación y revela su existencia y sus atributos; brilla a través del prisma de la Encarnación y revela su Naturaleza interior; brilla a través del prisma de la Iglesia y revela la Vida de su Hijo Encarnado. Si Dios no hubiera decidido nunca revelarse por estas manifestaciones progresivas, nosotros nunca habríamos sido capaces de conocerle bien,

así como nunca hubiéramos podido ver los colores ocultos en la luz blanca del sol a menos que pasaran por un prisma.

El primer acto por el cual Dios reveló Sus riquezas, es la Creación. ¿Pero por qué creó Dios el mundo? Dios creó el mundo por la misma razón por la que encontramos difícil mantener un secreto: “*Porque es bueno*” y la bondad tiende a difundirse por sí misma. Dios no pudo mantener el secreto de Sus Perfecciones, y el contar este secreto a la nada, fue la creación. Dios es bueno y desea que otros compartan Sus Perfecciones. En otras palabras: **¡EL AMOR DE DIOS RESUME TODAS SUS PERFECCIONES!**

Lo que pasa es que toda perfección, según lo ve la mente humana, implica algún objeto al cual aplicar esa perfección. Nunca podemos decir que un hombre fue un escultor perfecto, al menos que haya tenido mármol sobre el cual ejercer su arte. Nunca podríamos decir que Fra Angélico fue un gran pintor, al menos que hubiera tenido un lienzo donde aplicar sus pinceles.

Ahora bien; Dios es el Artista Infinito. ¿Pero Dios dónde puede encontrar este “objeto” vasto y profundo en el cual Él pueda ejercer su calidad de artista? ¿Dónde hallar eso que es tan necesario como necesario es que la Bondad sea bondadosa? ¿Dónde hallar ese “objeto” que es tan abismal como Su bondad, de modo que ese abismo pueda gritar al abismo? ¡Dios la ha encontrado!

Desde el centro de su Perfección, Él contemplaba eso que es sin belleza, sin forma, sin tamaño, sin vida, ni nombre, ese “Ser” sin ser, que nosotros llamamos *NADA*. Él oyó el grito de los mundos que no existían, y el grito de la miseria sin límite llamando a la bondad sin límites. Él encontró que “*la nada*” era digna de Su maestría de Artista Consumado; no en el sentido de que esa “nada” fuera una cosa o un objeto o un pedazo de materia, sino más bien la ausencia de todo ser.

La Eternidad se movió y dijo al tiempo: ¡Empieza!

La Omnipotencia se movió y dijo a la Nada; ¡Se!

La Luz se movió y dijo a las tinieblas: ¡Sea la luz!

El Orden habló y dijo al caos: ¡Gira armoniosamente!

De las puntas de los dedos de Dios salieron los planetas y los mundos; las estrellas fueron arrojadas a sus esferas en el espacio. Empezó la gran marcha de los mundos, y sin embargo de toda esta novedad, Su bondad no se aumentó en nada. Había más seres después de la creación que antes, pero no más ser; había más cosas buenas pero no más Bondad; había más cosas pero no más Verdad; había más creaturas misericordiosas pero no más misericordia. ¿Cómo podía haber más, si toda creación no es más que el reflejo del ser Divino, de la Bondad Divina?

Al contrario y de igual modo que mi propia imagen se revela en un espejo sin destruir jamás el original, así también, de una manera muy superior, Dios se revela en la creación sin perder nada de Sí mismo. No hay disminución de su substancia al crear, así como no hay disminución de la sustancia en un sello cuando deja su impresión en la cera.

Así como las aguas del mar reflejan la luz de la luna y muestran su encanto, de igual modo toda la creación revela los atributos de Dios. Y porque ninguna creatura podía posiblemente reflejar todas sus Perfecciones, El multiplico y diversifico las creaturas, de modo que aquello de que una podía carecer, la otra lo tuviera.

Así la totalidad del universo, como una gran orquesta compuesta de muchos instrumentos, proclama Sus perfecciones más que lo que podría hacerlo cualquier creatura sola, por perfecta que fuera.

Cada objeto que puede discernir la mente del hombre es una letra del Verbo vivo de Dios. Algunos hombres, siempre niños mentalmente, juegan con letras del alfabeto en madera como juguetes sin sentido, sin soñar que puedan descifrar algún día la Palabra, hasta que ya sea muy tarde, cuando desaparezca el universo. Otros hay, que ven sentido en las letras, y estos son los que aprenden a leer la frase que aparece en primer plano de la vida: *Dios hizo el mundo*.

Algún hombre pone su mano sobre barro vil. El barro deja impresas las huellas de su mano. Dios crea: el acto de creación es común a las Tres Personas: y la huella de la mano de Dios queda en la creación. Más aun, hay vestigios de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, aunque son vestigios que nunca podremos ver sin la revelación. ¿Comúnmente no atribuimos poder al Padre? ¿No decimos en el Credo: Creo en Dios Padre Todopoderoso? ¿No atribuimos comúnmente sabiduría al Hijo? ¿No lo

llama la Escritura Sagrada, la Sabiduría Eterna? ¿No atribuimos comúnmente Amor al Espíritu Santo? ¿La Palabra revelada no lo llama acaso el Espíritu de Amor?

¿Cómo puede alguien demostrar Poder? ¿No es haciendo cosas? Imaginemos entonces -pues nosotros necesariamente debemos imaginar sucediendo sucesivamente lo que en Dios ocurre de un solo acto- a Dios el Padre arrojando chispas de fuego en los vastos reinos del espacio, y esferas y parejas de esferas y hermandades de esferas, en circuitos de luz. Son hechas una infinidad de cosas, algunas tan pequeñas como granos de arena y otras tan grandes como Saturno... ¿Cuándo miramos sobre las obras poderosas que Dios ha hecho, pensamos alguna vez en el Padre Todopoderoso?

¿Cómo muestra alguien su Sabiduría? ¿No es haciendo leyes? Imaginemos entonces a Dios el Hijo, en el mismo momento en que estas grandes cosas eran creadas, dándoles a todas leyes, estableciendo armonía entre los miles de mundos para que no choquen unos con otros, y dándoles esa gran confianza que hay en el orden en que unas estrellas giran cerca de otras y los planetas en torno de otros sin una pausa ni salto... ¿Pensamos alguna vez en la Sabiduría del Hijo en nuestro estudio de las leyes de la naturaleza y ante la visión del orden y armonía de toda la creación?

¿Y cómo se manifiesta el Amor? ¿No es amando? Pues aquí también podemos remontarnos a todas las cosas creadas y dirigidas sabiamente, con un gran ingrediente que si faltara, no existiría nada; es el Amor de Dios Espíritu Santo para que lo ya establecido Viva, se Mueva, y Exista; en un acto de atenta contemplación desde dentro de las cosas, como cuando una Madre con esa ternura propia y única alimenta a su niño. ¿Alguna vez hemos pensado que si no es por el Amor del Espíritu Santo el mismo universo ya hubiera dejado de existir?

Pero esta manifestación de las riquezas de Dios es muy pobre. Son apenas vestigios de la Trinidad y no revelaciones, y nosotros jamás conoceríamos que son vestigios, a menos que conociéramos la Trinidad. Podemos ver, por ejemplo, la pintura de "la Crucifixión" de Fra Angélico en el convento de San Marcos en Florencia. Yo puedo quedar arrobado delante de esa gran obra maestra y puedo adivinar algo de la naturaleza del artista, la profundidad de su inspiración, la excelencia de su técnica, y la belleza de su alma, pero todavía me queda mucho por aprender de él, que su

palabra, su mirada y su misma persona me revelarían. El solo cuadro nunca me revelaría sus pensamientos internos.

Igual sucede con el Dios Todopoderoso. Las luces blancas de Su naturaleza brillando a través del prisma de la creación se quiebran en débiles expresiones de Sus Perfecciones Infinitas. A pesar de lo grande que es la creación, y de lo elocuentemente que las esferas celestiales proclaman la sabiduría de Dios, sin embargo, no hay nada en esto que revele la vida interior de Dios.

Una piedra, por ejemplo, se parece a mí en cuanto yo también tengo existencia; una planta se parece a mí en cuanto yo tengo vida; un animal se parece a mí en cuanto yo soy consciente, pero no hay nada en el mundo que se parezca a mí en esa única que hace que yo sea un hombre, es decir, mi inteligencia.

Así sucede con Dios. Una piedra refleja a Dios, porque tiene existencia; una planta refleja a Dios, porque es viva; un animal refleja a Dios, porque es consciente; un hombre refleja a Dios, porque tiene una inteligencia y una voluntad, pero no hay nada que refleje la vida íntima de Dios, *la Divinidad*.

De aquí que sean necesarias otras manifestaciones para revelar esta Vida Interior y perfecta de Dios. Una vez más Dios brilla a través de un prisma, esta vez no por el prisma de la creación, sino a través del prisma de **LA ENCARNACION**.

Una noche salió de la quietud de la brisa nocturna, más allá de esas colinas calizas de Belén, un grito suave, muy suave, el grito de un bebé recién nacido. "*El Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros*".

La tierra no escuchó el grito, porque la tierra dormía; los hombres no escucharon el grito, porque no pensaban que un Niño pudiera ser más grande que un hombre; el mar no escuchó el grito, porque el mar estaba lleno de su propia voz; los reyes no escucharon el grito, porque no sabían que un Rey pudiera nacer en un establo; los imperios no escucharon el grito, porque los imperios no sabían que un Infante pudiese sostener las riendas que mueven las galaxias en sus cursos.

Pero los pastores y los filósofos escucharon el grito, porque solo los muy sencillos y los muy sabios, -nunca el hombre de un libro- saben que el corazón de un Dios puede gritar en el grito de un Niño. Y vinieron con

dones y Adoraron, y tan grande era la majestad que había en la frente del Niño que yacía delante de ellos, tan grande la dignidad del bebé, tan poderosa la luz de esos ojos que brillaban como soles celestiales, que no pudieron más que gritar: “Emmanuel”. Que quiere decir, *DIOS CON NOSOTROS*. Dios se reveló a los hombres otra vez. Esta vez Él brilló a través del prisma de la Encarnación y trajo la Vida Divina a la vida humana.

Aquel que nació sin una Madre en el Cielo, nace sin un Padre en la tierra. Aquel que hizo a su Madre, nace de Su Madre. Aquel que hizo toda Carne, nace de la Carne. Aquel que es hacedor del sol, se halla debajo del sol; moldeador de la tierra, está sobre la tierra; el Inefablemente Sabio, es un pequeño Infante. El que llena todo el Universo, está en un pesebre; el que gobierna las estrellas, se halla mamando en un pecho; el regocijo de los Cielos, llora; Dios se hace hombre; el Creador, una criatura; el Rico, se vuelve pobre; la Divinidad esta encarnada; la Majestad subyugada; la Libertad cautiva; la Eternidad vuelta tiempo; el Amo, un siervo; la Verdad se ve acusada; el Juez, juzgado; la Justicia, condenada; el Señor, flagelado; el Poder, atado con cuerdas; el Rey, coronado de espinas; la Salvación, herida; la Vida, muerta. La Palabra Eterna, esta muda.

¡Maravilla de Maravillas! ¡Unión de uniones! Tres uniones misteriosas en una: la Divinidad y la humanidad; la Virginidad y la fecundidad; la Fe y el corazón del hombre. Y aun cuando viviéramos por toda una eternidad, no sería lo suficientemente larga para que entendiéramos el misterio del “Hijo que fue un Padre, y de la Madre que fue un Hijo”. JESÚS Y MARIA.

Por primera vez en la historia del universo redimido, la Vida Divina se ve hipostáticamente unida a la naturaleza humana. Esa misma vida de Dios que pasa del Padre al Hijo en la generación eterna de la Trinidad, ahora pasa al mundo y asume una naturaleza humana como la nuestra, nos conlleva con la plenitud de Su Divinidad, y nos da ese mensaje de esperanza: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia*; no la vida física que muere, sino la vida espiritual que dura eternamente.

Ahora empiezan los hombres a oír las respuestas a esas terribles preguntas que hacían los Filósofos Griegos: Si Dios está solo, ¿Cómo es feliz? Si Él es único, ¿en qué piensa? Si Él es solo, ¿a quién ama? La respuesta fue, La Trinidad. Esa vida interior de Dios, esa plenitud y fecundidad del Conocimiento y del Amor, es la fuente del arrobamiento inefable de la compañía de las Tres Personas en un solo Dios.

Y cuando Aquel que trajo el secreto de la Trinidad anduvo en la tierra buscando un sitio para reposar su Cabeza, mientras los zorros tienen madrigueras y los pájaros sus nidos, el mundo empezó a entender “*cuanto amaba Dios al mundo*” para enviar a este Su Hijo Unigénito.

Y cuando Él contó a los hombres la historia del hijo prodigo y cuando les enseñó a orar así; “Padre Nuestro”, entonces ellos se dieron cuenta cuan bendito privilegio era ser un hermano de Jesucristo, y un hijo del Padre.

Y, finalmente, cuando los hombres escucharon un grito, que resonaba por encima de los hierros que se hundían por entre nervios y músculos de las manos, y se levantaba solamente para bendecir: “Padre Mío, perdónales, porque no saben lo que hacen”, empezaron a entender el valor del alma. Fue como si la lección fuera impresa en sus almas como la lanza en Su Corazón: la lección de que, “Si un hombre es suficiente para un Dios, entonces Dios debiera ser suficiente para el hombre” como nos dice el gran San Agustín.

Y sin embargo, si Cristo es el Hijo Eterno de Dios, Dios verdadero y verdadero hombre, si agregado al misterio de la Trinidad se añade ahora el Misterio de la Encarnación, ¿Cómo pueden treinta y tres años de morada en la tierra abarcar toda la belleza y revelar su plenitud? Si una eternidad no es suficiente para contemplar la belleza del Hijo, ¿Cómo pudieron treinta y tres años bastar para contemplar la belleza del Verbo hecho carne? Este pequeño lapso apenas consiguió sugerir las bellezas de esa Vida Divina entre nosotros.

Por eso, el Amor de Dios está y se manifiesta en la creación, y a lo largo de nuestra pequeña historia humana, pero; y de una forma particular, “ahora” en la Iglesia.

En forma retrospectiva, presenciemos aquí, esa larga y hermosa Procesión de la Vida:

Primero hay una Procesión Eterna de esa Vida del Padre hacia el Hijo en la unidad del Espíritu Santo. Luego, por un acto libre de Dios, y proveniente de este Océano Infinito de la Vida, la vida viene como un esplendor increado. Se produce un relámpago instantáneo, la primera visibilidad del Dios invisible, y allí aparece esparcido el inmenso mundo de los Ángeles, vibrando con la luz, y el brillo que los hace aparecer plateados no es otro que el reflejo de la Vida Divina. Luego se produce la llamarada de una

batalla espantosa, y en medio del centelleo de espadas de arcángeles, el grito de guerra de Miguel que convoca a sus huestes para la victoria.

La Procesión de la Vida continúa. Se da una orden a la nada, y caen de los dedos de Dios planetas y galaxias que giran por el espacio. Hay una cosa maravillosa y palpitante que se mueve ahora por esos planetas, y por la tierra va a descansar en las márgenes del río de cuatro corrientes en el edén. Es la vida de Dios en el primer Hombre y en la primera Mujer. Se produce un movimiento entre los Ángeles caídos, y el paraíso se cubre de sombras; la vida Divina sale del mundo y un Ángel provisto de una espada fulgurante se coloca a las puertas del jardín del paraíso para que no vayan ellos a retornar y comiendo del fruto del árbol de la vida, vivan eternamente.

La procesión de la Vida continúa. Un Ángel parte del Trono Blanco de la Luz y va más allá del Oeste y más allá de las tinieblas que envuelven la tierra. Sobre las planicies del espacio describe un círculo y desciende a la ciudad de Nazaret. Allí se hallaba una virgen de rodillas en sus oraciones matutinas. Levanta su cabeza y ve que un Ángel bajado del trono de la Luz se encuentra a su lado. "Dios te saluda María, llena de Gracia, el Señor es Contigo". Estas no eran palabras. "Eran la Palabra". El Verbo que había venido a habitar con ella. "Y el Verbo se hizo Carne y Habito entre nosotros". Y las alas del Ángel, al partir arrojaron con su sombra una Cruz en la cueva.

La Procesión de la Vida continua, y la sombra se hace realidad, y un día la Sangre del Verbo hecho Carne, se coagula en la Cruz del calvario, y un soldado viene y abre el costado con una lanza.

La procesión de la Vida continúa: es derramada del costado de Cristo, la Sangre y el Agua; Sangre, que es el precio de nuestra Redención, y el Agua, la gracia de nuestra regeneración, ahora en la Iglesia al Bautizarnos.

Y la Procesión de la Vida continúa: ahora; Por Cristo, Con El, y En El, todos los hombres de buena voluntad vamos nuevamente por el Camino de la Verdad, hacia esa Vida del Amor de Dios el Inmortal, que es Espíritu. De modo que los que adoran a Dios, deben hacerlo en Espíritu y en Verdad.

LA VIDA DE LA IGLESIA

Palestina como espacio, y treinta y tres años como tiempo, no pueden sondear las profundidades de la Vida Encarnada de Nuestro Señor Jesucristo. Las mentes débiles sencillamente tuvieron que tener esa Luz brillante: “Yo soy la luz del mundo”, abierta para ellos. La vida de Cristo debe brillar a través del prisma una vez más, para que pueda entrar en los corazones diminutos. Y así la Luz blanca, la “Luz de Luz” brilla a través del prisma de la Iglesia, y *Cristo es revelado en Sus Sacramentos*.

Y la Iglesia, entiéndase bien, no es una Iglesia en el sentido de una secta; sino que es Una Esposa, “*La Esposa De Cristo*”. No es una religión de autoridad en el sentido de que exija credulidad irracional, sino una religión del Verbo, es decir, de la Palabra Eterna, que es Dios mismo; pues Pentecostés no fue el descendimiento de un Libro sobre las cabezas de los Apóstoles, sino de Lenguas de Fuego.

La Iglesia no es solamente una Institución, es una Vida; la continuación, la difusión y la expansión de la Vida Divina que la Encarnación trajo a la tierra.

LA IGLESIA ES CRISTO Y CRISTO ES LA IGLESIA, y hasta que sea entendida esta ecuación, no habrá nunca un entendimiento de cómo es que Cristo prolonga su Encarnación más allá de Galilea y Su infalibilidad más allá de los primeros años de la era Cristiana.

La Encarnación; es la unión del Verbo, con una naturaleza humana individual. La continuación de la Encarnación es la unión de Cristo con cada naturaleza humana individual en el mundo. Es decir; si yo sufro o estoy feliz, el mismo Cristo sufre y es feliz no solo conmigo, sino En Mí. La unión personal de la Encarnación es el prelude de la unión mística en la Iglesia.

Al encarnarse el Verbo, asumió un cuerpo humano que vino a ser el instrumento de Su mensaje, Sus enseñanzas, Sus milagros, y aún Su Redención. Porque poseyó un cuerpo, Él pudo sufrir como hombre. Y siendo Dios, sus sufrimientos tenían un valor Infinito.

Pero además, el Señor de la Gloria, “asumió” otro cuerpo; esta vez no un cuerpo de individuo, un cuerpo físico, sino un cuerpo místico, un cuerpo

compuesto de todas las personas Bautizadas, y este cuerpo místico que es La Iglesia, tiene su cabeza en el Cristo histórico nacido en Belén y crucificado en Jerusalén.

La unión de los dos, es decir, el cuerpo, que son los miembros bautizados bajo Cristo, constituyen el Cristo Místico, lo que San Agustín llamó el "Cristo total", o en otros términos, la Iglesia.

¿No es este el sentido de las palabras de San Pablo "Nadie aborreció jamás a su propia carne; antes bien la sustenta y cuida, así como también Cristo a su Iglesia; porque nosotros que la componemos, somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos"? Y este mismo fogoso vaso de elección, cuando él era aún Saulo, ¿no le trajo esa lección en el momento de su conversión? Saulo odiaba a los cristianos como pocos hombres los han odiado. Provisto de recomendaciones partió para Damasco donde apresaría a los que hubiera allí para traerlos a Jerusalén. De repente una luz brilla en torno suyo, y oye una voz, diciendo: "Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?" El calor del sol del este enciende sus labios y los mueve a hablar, y la nada se atreve a preguntar el nombre del Omnipotente: ¿Quién eres tú? Y la voz le respondió: *Yo Soy Jesús, a quien tú persigues*. Saulo está persiguiendo la Iglesia, y la voz le dice: *Yo Soy Jesús, a quien tú persigues*. Cristo y la Iglesia. ¿Son acaso lo mismo? Precisamente, nosotros somos otros Cristos como un hecho individual, y la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, como un hecho social.

Aquí yace la diferencia fundamental entre la Iglesia Católica y todas las demás formas de cristianismo. Los no católicos creen con la Iglesia Católica que Cristo es Dios, y que después de Su vida mortal, El ascendió al cielo, pero esto limita la religión solamente a una relación individual con Cristo.

La Iglesia Católica, por otra parte, sostiene que el hombre no es solo un individuo, sino también un miembro de la sociedad, y de aquí que la religión sea tanto social como individual. Esto le enseña al individuo que Cristo vive tan real y verdaderamente ahora en su nuevo cuerpo místico, como vivió durante Su vida física, aunque, por supuesto, de otra manera. El Encarnado no se agotó a Si mismo en la Encarnación; es por esto por lo que Él puede continuar viviendo en una forma nueva; es por esto por lo que Cristo dijo a Saulo que al perseguir a la Iglesia de Damasco, lo estaba persiguiendo precisamente a Él, esto explica las palabras de Nuestro Señor

a Pedro, quien, mientras huía de la persecución, se encontró con el Maestro, y le preguntó: ¿A dónde vas Señor? A lo cual El respondió: *Regreso a Roma a hacerme crucificar.*

Así, la constitución de la Iglesia esta modelada sobre el Misterio de la Encarnación. En Cristo había una naturaleza Divina y otra Humana, y en la Iglesia hay un elemento Divino y un elemento humano. Lo Divino que hay en ella es Cristo, lo humano es el cuerpo, a saber, los pobres, y los miembros humanos débiles que la componen. Las naturalezas Divina y humana en Cristo gozan de unidad, gracias a la Persona Divina; así, también, la Iglesia es una, aunque esté compuesta de un elemento finito y un elemento Infinito. Más aun, así como en Cristo había una naturaleza invisible y otra visible, siendo la Invisible la Naturaleza Divina, y la visible la naturaleza humana, así también en la Iglesia la Cabeza Invisible es Cristo y el cuerpo visible son los miembros Bautizados.

Aquí es donde encontramos la razón para la misma debilidad de la Iglesia. Al asumir una naturaleza humana, el Verbo tomó una naturaleza como nosotros en todas las cosas, menos en el pecado; esta naturaleza estaba sujeta a la debilidad humana, a la sed en el pozo de Jacob y a la fatiga en Galilea. El cuerpo de la Iglesia, también, aunque “asumido” por Cristo desde la Encarnación, no está libre de su debilidad, sea física, moral, o místicamente, siempre que el cuerpo es moral y místico. Los momentos de su Transfiguración son pocos, pero los momentos de su fatiga son más frecuentes. Y si hay un escándalo en la Iglesia, y si otro Judas quema sus labios con un beso, yo puedo ver a Cristo continuando Su vida en la Iglesia, no solo en su fuerza, sino también en su debilidad.

Y ahora, en cuanto a la infalibilidad de la Iglesia, ¿Qué es esta, sino la misma Infalibilidad de Cristo? La Iglesia es infalible porque Cristo es la Iglesia. No existe tal cosa de que Cristo confiera simplemente la inmunidad al error a Su Cuerpo Místico, como alguien que confiera un diploma o un instrumento público. La infalibilidad es Intrínseca a la Iglesia, una condición de la misma continuidad de la Vida de Cristo, y el Espíritu Santo que Él envió para apartarla del error hasta la misma consumación del mundo. Esta infalibilidad de Cristo es ejercida en la Iglesia a través de medios visibles.

Yo tomo, por ejemplo, la resolución de leer un poema. La resolución es espiritual e invisible, pero el acto de leer tiene lugar a través de medios materiales y visibles, a saber, por medio de mis ojos y los nervios ópticos.

Así mismo en la Iglesia el Espíritu de Cristo, que es la Verdad de la Iglesia Invisible, se expresa así mismo a través de medios visibles, a saber, por medio de una cabeza visible que es el Vicario de Cristo, el Papa. La verdad es una sola y la misma, solo la expresión es diferente, así como un pensamiento es espiritual en mi mente pero vocal en mi palabra. Es, por lo tanto, una insensatez negarse a aceptar la palabra de la Cabeza Visible con el argumento de que no es la palabra de la Cabeza Visible, Cristo; con igual argumento nos podríamos negar a usar nuestra mano porque la está mandando nuestra voluntad invisible. “Si en una sola carne puede haber dos”, pregunto San Agustín, “¿Por qué no puede haber dos voces en una sola voz?” Esto ciertamente es el sentido de las palabras de Nuestro Señor: “El que os escucha a ustedes, a mí me escucha”.

Por el mismo razonamiento soy llevado a la conclusión de que no puede haber sino una sola Iglesia. En la Sagrada Escritura la Iglesia es llamada el “Cuerpo de Cristo”. Si para una cabeza es una monstruosidad tener muchos cuerpos, ¿Cómo no había de ser una monstruosidad espiritual para Cristo que tuviera muchos cuerpos, es decir, muchas Iglesias enseñando doctrinas contrarias y contradictorias? A la Iglesia también se le llama en la Escritura “la Esposa de Cristo”, y se dice allí que el matrimonio es un símbolo material, pues se dice que un marido ama a su esposa como Cristo ama a la Iglesia. Si constituye adulterio físico que un esposo tenga muchas esposas, ¿no iba a ser un “Adulterio Espiritual” que Cristo tuviera muchas “esposas”, vale decir, muchas Iglesias? La misma lógica que nos hace dudar cuando somos niños, de la realidad de Santa Claus porque vemos diferentes Santa Claus en las diferentes tiendas, nos hace también concluir cuando somos adultos la imposibilidad de que las muchas sectas sean las “esposas” y el “Cuerpo de Cristo”. Por la misma necesidad de su operación, la mente es conducida a buscar la unidad.

Es esta noción de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, que está creciendo en edad, sabiduría y gracia, hasta “el estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta” de Cristo, es la que nos da la clave para el entendimiento de su vida, de su oración y sacrificio.

Así como mi cuerpo está compuesto de muchos miembros, manos, pies, cabeza, arterias, y demás, así también el cuerpo de Cristo, la Iglesia, está compuesta de muchos miembros. La mano no es el pie, el obispo no es el laico; el corazón no es la arteria, el Vicario de Cristo no es el sacerdote, y, sin embargo, todos vienen a constituir la armonía del cuerpo. “Si un miembro padece, todos los miembros se compadecen; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan en él”. E igual que en el orden natural puede hacerse transfusión de sangre de un miembro de la sociedad a otro para salvar una vida, así también en el orden espiritual, no sangre, pero si oraciones, sacrificios y penitencias, pueden transfundirse de un alma a otra. Si puede injertarse piel de un miembro a otro, ¿Por qué no había de poderse injertar mortificaciones?

Y este acto de injertar, esta transfusión de realidades espirituales a los miembros heridos y anémicos del Cuerpo Místico, es especialmente el trabajo de aquellas almas que han dejado el mundo por la paz y sombra del claustro donde se hacen los santos.

A la vista de los Carmelitas, de los Franciscanos y de los Claretianos metidos en sus celdas, el mundo pregunta: “¿Qué bien hacen ellos?” Porque olvida que ellos están expiando y haciendo penitencia por los pecados del mundo. Así como es cierto que una flor es más noble cuando alegra un cuarto oscuro que cuando solo vive su vida entre las demás flores del jardín, también un ser humano puede ser más noble cuando sirve a lo que está por encima de él, a saber, al Señor que murió por él, que cuando sirve a los de la misma especie. Y es este servicio de Señor el que da la paz que el mundo no puede dar.

La Iglesia, es entonces, la continuación de la Encarnación de Jesucristo. Es el Reino de Jesucristo: es su trono, su santuario, su tabernáculo. Mejor dicho; es Jesucristo difundido y comunicado.

Pocos como el Padre Benson, que ha expresado hermosamente esta gran verdad espiritual de que CRISTO ES LA IGLESIA, diciendo;

Veo a través de los ojos de ella brillar los ojos de Dios, y a través de sus labios escucho sus palabras. En cada una de sus manos, cuando ella las levanta para bendecir, veo las heridas que gotearon en el calvario, y sus pies sobre las gradas del altar están signados con las mismas marcas de aquellos que beso la Magdalena. Cuando la Iglesia me consuela en el

confesionario, oigo la voz que dijo a los pecadores que se marcharan y no pecaran más; y cuando ella me reprocha y me hace sonrojar de vergüenza, me aparto temblando con aquellos que se retiraron uno por uno, principiando por los más ancianos, hasta que Jesús y la penitente quedaron solos. Cuando ella, La Iglesia, lanza en voz alta su invitación por todo el mundo, oigo el mismo clamor resonando como aquel que llamó: “Vengan a mi todos y hallaran el descanso para sus almas”. Cuando aparta a aquellos que dicen servir a ella pero lo hacen para sus intereses, veo la flama de ira que vapuleo a los mercaderes y los sacó de los patios del templo.

Y sigue el Padre Benson: Cuando la veo en medio de su pueblo, aplaudida por la multitud que grita bajo el quemante sol, veo las ramas de palma por encima de su cabeza, y veo la Ciudad y el Reino de Dios a escaso tiro de piedra, más allá del valle de cedrón y el jardín de Getsemaní; y cuando la veo apedreada, menospreciada, abofeteada e infamada, leo en sus ojos el mensaje de que nosotros deberíamos llorar, no por ella, sino por nosotros mismos y por nuestros hijos, siempre que ella es inmortal y nosotros mortales después de todo.

Cuando miro su blanco cuerpo, marchito y ensangrentado, huelo una vez más el olor a ungüentos y la yerba pisoteada del jardín cerca al lugar donde Él fue crucificado, y escucho las pisadas de los soldados que vinieron a poner la piedra y sentarse a vigilar. Y, al fin, cuando la veo moverse una vez más a la luz el alba de cada nuevo día, o en la revelación del crepúsculo, cuando el sol de esta o aquella dinastía se levanta y se pone, comprendo que Aquel que había muerto, ha resucitado una vez más con salud en Sus alas, para consolar a aquellos que lloran y restañar los corazones rotos; y que su venida no es a la vista de todos, sino en las profundidades de la noche como cuando sus enemigos dormían y quienes lo querían vigilaban de dolor.

Y cuando contemplo esto entiendo que la Pascua es apenas la repetición de Belén; que el círculo gira hasta volver a su principio y que la batalla ha de lucharse una vez más; porque ellos no se persuaden, aunque Cristo resucitara diariamente de entre los muertos.
(R.P. Benson)

Pero si la Iglesia es Jesucristo difundido y comunicado, ¿Cómo es El difundido? ¿Cómo es comunicado? Él se comunica principalmente por el

Santo Sacrificio de la Misa y los siete sacramentos. La Misa es un acto, no una oración recitada. Es el sacrificio inmortal de Cristo renovado en nuestros altares. Y los Sacramentos, ¿son apenas mitos? ¡Oh!, olvidamos que nuestra vida social está entrelazada de “sacramentos” en el sentido amplio de la palabra, por cuanto lo que tienen lo esconden, y muestran lo que ocultan. El estrechón de manos, o el beso, por ejemplo; no nos irritamos por ello, porque de ser así no los acostumbraríamos. Un beso puede ser un pobre medio de expresión y en realidad transmitir el amor; inclusive podemos con un beso traicionar, como lo hizo Judas. Sin embargo, los verdaderos amantes no piensan que sus besos los dividan, se interpongan entre ellos y caricaturicen su amor simplemente porque sean externos. El beso es una expresión de lo que ellos sienten en sus corazones.

Ahora bien, los Sacramentos son el beso de Dios, en el cual, El, no solamente derrama las riquezas de su amor, sino que santifica el hambre de nuestros sentidos, como también el pensamiento y nuestras almas.

Los sacramentos son la comunicación de la vida de Dios. Y existe un paralelo entre la vida física y la vida espiritual.

¿Qué elementos son necesarios para la vida física? ¿No son cinco los elementos necesarios para la vida física y dos para nuestra vida social? Como individuos necesitamos primero nacer; segundo, debemos crecer; tercero, debemos nutrirnos; cuarto, debemos sanar nuestras heridas; y quinto, desterrar toda debilidad o enfermedad. Como seres sociales debemos primero, tener orden y gobierno; y segundo, debemos transmitir nuestra vida a la posteridad.

En el orden espiritual, estos siete elementos representan a los sacramentos. Primero, debemos nacer, este es el Bautismo; segundo, debemos crecer espiritualmente y alcanzar el estado de madurez cristiana, esta es la Confirmación; tercero, debemos nutrir nuestras almas con el Pan de la Vida, es decir la Eucaristía, cuarto, debemos sanar nuestras heridas espirituales, esto es la Reconciliación; quinto, debemos desarraigar hasta los últimos vestigios de debilidades espirituales, esto es la Extremaunción. Pero nosotros somos también seres sociales. Necesitamos gobierno y una fuente de unidad y de sacerdocio; estas son las Ordenes Sagradas, y como necesitamos continuar la existencia de la raza; este es el Matrimonio.

Así la vida espiritual es una perfección de la vida física, y los siete sacramentos instituidos por Cristo son siete canales de esa Vida Divina, cuyo receptáculo es el Calvario del viernes santo.

Empezando con un simple acto confirmado por la observación diaria, a saber el de que la vida es fecunda, y entendiendo ese hecho en términos de este principio, “la bondad se difunde así misma”, hemos sido llevados a un entendimiento mejor y más grande no solo del mundo material, sino también del mundo espiritual.

Muy sencillo es resumir en tres palabras *EL AMOR DE DIOS*: y esas tres grandes manifestaciones de la bondad de Divina son: la Creación, la Encarnación y la Iglesia.

LA EXPANSIÓN DE LA VIDA

Un estudio de la naturaleza de la vida nos prepara para entender sus leyes, pues la vida crece y se desarrolla con un inconfundible despliegue de orden. El proceso ordenado de la vida es doble. En estricta terminología científica estos procesos son llamados el anabólico y el catabólico.

En términos más sencillos, *la ley anabólica de la vida es que la vida debe consumir alimento y nutrirse: y la ley catabólica de la vida es que la vida no solamente debe consumir, sino ser consumida.*

En otras palabras, debe renunciar a su vida inferior si ha de vivir una vida más alta y así escapar a la degeneración, a la decadencia y a la muerte.

La continuación de la vida exige una balanza, o equilibrio entre asimilación, o proceso que constituye, y desasimilación, o las fuerzas que quitan. De aquí que los científicos explican que el crecimiento es un equilibrio en favor de la asimilación, y la decadencia significa un equilibrio en favor de la desasimilación.

En el reino mineral estos dos procesos también se encuentran, aunque en forma diferente. Los metales se dilatan con el calor y se contraen con el frío. La dilatación es a la materia lo que el anabolismo es a los organismos, y la contracción es a la materia lo que el catabolismo es a los organismos.

Esta es la primera ley que vamos a describir ahora, tanto en el orden material como en el espiritual, pues es supremamente interesante su análisis, por el hecho de que la vida debe expandirse y nutrirse.

Primero que todo, la vida de la planta se muestra obediente a esta ley, pues ella va hasta el reino mineral en busca del alimento que necesita para su existencia. Su bebida es el agua y su comida los fosfatos y carbonatos de la tierra. Absorbe el agua contrariando la atracción de la tierra y la hace circular por todo su organismo. Si el reino mineral que está por debajo de la planta en el orden de la creación fuera eliminado de la existencia, el reino vegetal pronto cesaría de existir. Si el sol fuera aniquilado; si el suelo fuera impotente para soltar sus gases y su alimento dentro de las raíces de la planta; si las nubes no pudieran descargar más su ducha de agua, entonces las flores y plantas y árboles dejarían de vivir, porque la vida puede vivir solamente por la comunión con alguna otra cosa distinta.

El animal, debido a que su vida es más alta que la de la planta, tiene aún mayor necesidad de nutrición. Necesita no solo nutrirse del orden mineral – el aire, la luz del sol y demás – sino también de la vida de la planta. Desde el mismo momento en que el animal viene al mundo, hasta que se tiende en el sueño de la muerte, existe la búsqueda del alimento. El instinto fundamental de su vida es buscar su alimento. En el momento en que el sol se está poniendo, la Alondra sube al cielo para dar con su canto el último adiós a esa luz antes que se hunda en la laguna llameante del oeste. Esto es como cantar su “*Te Deum*” en acción de gracias por el alimento recibido durante el día de la bondadosa mano de la Providencia. Los cuadrúpedos rumiando en el campo, el pez nadando en el océano, el águila remontándose en los aires, van todos en busca del alimento y de su pan diario, porque, sin saberlo, reconocen que la vida es imposible sin nutrición, que la vida crece solamente por medio de la vida, y que el gozo de vivir proviene de la comunión con otra clase de vida.

Y en cuanto al hombre, ¿necesitamos recordar la rigurosa aplicación de esta ley? Debido a que tenemos un cuerpo, igual que los animales, estamos bajo la necesidad de alimentar ese cuerpo. Este clama por su propio alimento con el mismo clamor que un animal. Y el alimento por el cual clama es más delicado, porque el cuerpo humano es más delicado. Nuestro cuerpo no se contenta, como el animal, con tomar su alimento del

suelo, crudo, sin coser y sazonar. Busca el refinamiento que conviene a una criatura superior, y al hacerlo así reconoce esa ley universal de la vida: todo ser vivo debe nutrirse. La vida vive por la vida, y el gozo de vivir se acrecienta por la comunión con otra clase de vida.

Pero el hombre tiene algo más... *UN ALMA*. Como tiene un cuerpo. ¿Esta parte espiritual suya demanda alimento que esté por encima de lo material? ¿O el alma puede hallar su alimento en el reino de la tierra, con sus niñerías y trivialidades? La respuesta del mundo moderno es que sí puede.

El mundo moderno hace un alto a esta ley, de que la vida debe nutrirse por sí misma, y afirma que el alma puede encontrar un alimento satisfactorio aquí en este gran cosmos nuestro, sin apelar a ningún otro mundo espiritual. ¿Y cuál es este alimento, que según se dice, satisfará el alma? El mundo de hoy contesta: es doble.

Primero está la ciencia; hoy manifestada a gran escala a las masas a través de los grandes medios de comunicación como la radio, la televisión, y el internet... Se dice que la ciencia satisfará el alma porque satisface el anhelo que tiene el hombre por la verdad. Le da al hombre el conocimiento del orden y armonía de los cielos, los estratos de la tierra, la historia de las razas y el auge y caída de las civilizaciones. Esta es la clave de los grandes secretos del arca de la naturaleza, y como hay naturalidad en torno a este conocimiento, se busca conservarlo, porque no busca lo que está más allá de la retorta, es decir; de las señales satelitales y del pequeño microscopio.

La segunda clase de alimento para el alma, de acuerdo con el mundo moderno, es el servicio a la humanidad. Esto le da al hombre una oportunidad de regocijarse en la comunión con sus semejantes, y le permite "adorar" en los santuarios que el mismo ha hecho. Conciertos de rock multitudinarios, partidos de fútbol igualmente multitudinarios, donde existen ídolos que se identifican con sus seguidores... etc. Por eso la expresión popular de un humanitario, cantante, político, futbolista, artista, es; "YO" di a los pobres, y ayude las viudas y a los huérfanos. "HE" llevado una vida honesta, hago bien a mi prójimo. "Mi credo es de servicio social". Acordémonos del humanismo que nos propone la Nueva Era con el panteísmo, o quizá también el Materialismo Ateo. Y la conclusión de todo

esto, es, que, el hombre no necesita nada fuera de los hombres para satisfacer su alma.

¿Pero bastan esta tierra, y los hombres que en ella habitan, para satisfacer la necesidad de alimento del alma? ¿Son las conclusiones de la ciencia, alimento y nutrición para el alma, o por el contrario, traen más hambre cuando parecen satisfacer? La ciencia no puede ser un alimento satisfactorio porque no nos puede dar la libertad que necesitamos. La ciencia está construida sobre las premisas de un mundo determinado para ciertos efectos, bajo ciertas condiciones. Hacer un nuevo descubrimiento es agregar otro eslabón a la red de las cosas, y multiplicar el peso del determinismo al cual el alma aspira escapar en virtud de su naturaleza espiritual. Más aun; *ninguna ciencia puede contestar todos los enigmas de la vida, solo EL AMOR DE DIOS.*

Algunas de las preguntas que el Señor hizo al Santo Job, recuerdan la insuficiencia de un conocimiento de causas naturales: ¿Dónde estabas cuando Yo echaba los cimientos de la tierra? ¿Qué apoyo tienen sus bases? ¿O quien asentó su piedra angular? ¿Quién puso diques al mar cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su Madre? ¿En qué parte reside la luz, y cuál es el lugar o depósito de las tinieblas? ¿Sabías tu entonces que hubieses de nacer, y estabas instruido del número de tus días? ¿Quién es el Padre de la lluvia? ¿O quien engendro las gotas de rocío? ¿Podrás tú por ventura atar o detener las brillantes estrellas de la pléyade? ¿O puedes desconcertar el giro del orión? ¿Eres tu acaso el que hace aparecer a su tiempo el lucero de la mañana, o resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra? ¿Alzaras por ventura tu voz a las nubes, para mandarles que se deshagan en lluvias abundantes? ¿Despacharas rayos, y estos marcharan y te dirán a la vuelta: Aquí estamos a tu mandar?

La religión del humanismo es igualmente satisfactoria para saciar el hambre del alma.

Primero que todo: ¿no es una extraña paradoja que los hombres que más ampliamente claman contra la religión, son los que desean hacer una religión sacada de la humanidad irreligiosa? La humanidad no puede nunca ser el objeto de la religión por la misma razón de que si la humanidad mirara hacia su mismo centro, sería tan fría como un individuo que mira siempre hacia sí mismo. Todavía más, en términos concretos, no

existe tal humanidad. Solo hay hombres; solo Pedro y Pablo, María y Ana, Samuel y Myriam. Y es una insensatez hablar de “altruismo” si ha de haber solo humanidad, pues la humanidad no tiene ningún “otro”, con el cual ejercer su beneficencia.

Solo cuando los hombres llaman a Dios “Padre”, pueden llamar a otro “Hermano”, y Dios no es Padre, a menos que tenga un Hijo. Aun la serpiente del edén sabía que el servicio de la humanidad no podía satisfacer nunca al hombre. Ella engañó al hombre diciéndole, no que sería como otros hombres, sino que sería Dios.

Ni la ciencia, ni el servicio a la humanidad pueden entonces satisfacer el hambre del Alma de un Hombre. No hay nada sobre la tierra que pueda satisfacer esta hambre del alma en el ser humano, por la misma razón de que se trata de un hambre que no es de la tierra. Cada clase de vida en este universo exige un alimento apropiado a su naturaleza. Un canario no consume la misma clase de alimento que una Boa Constrictor, porque su naturaleza es diferente. Pero el alma del hombre es espiritual en su naturaleza, y por lo tanto exige un alimento espiritual.

Un amor terrenal no satisfará completamente porque no puede contestar a los anhelos de un amor perfecto y perdurable; una verdad de ciencia natural no satisfará porque es apenas un pequeño fragmento de la verdad del orbe completo que la mente busca. Es solo después de largo tiempo y con mucha dificultad cuando el hombre llega al conocimiento de todas las verdades naturales. ¿Qué será entonces el alimento que satisfaga el anhelo de un alma espiritual siempre obsesionada por el Infinito? Si el hombre hubiera sido creado y dejado en estado de pura naturaleza, su alma se habría alimentado de un conocimiento y amor de Dios parcial, como pudiera obtener de las criaturas. Pero, debido a la elevación del hombre a un estado sobrenatural, el desea y necesita una perfección espiritual más allá de sus capacidades naturales.

El alimento espiritual dado libremente por Dios, fue el conocimiento de la verdad revelada en Cristo y el amor de todo lo que la “Revelación” implica. Además de esto, Dios dio un alimento que no es solo una alimentación maravillosa, sino una maravillosa elevación de nuestra pobre naturaleza hasta una comunión con lo Divino.

Jesucristo es el Pan de Vida; El prometió que lo sería, y cumplió su promesa. La promesa fue dada en Cafarnaúm: “El Pan que Yo les daré es mi Carne para la Vida del mundo”. El cumplimiento tuvo lugar la noche antes que muriera, cuando El, que era Señor de todas las cosas, no tenía nada que dejar en su último testamento, excepto eso que ninguno más podía dar: A EL MISMO. Y este testamento no fue dado en metáforas imperfectas y figuras de dicción mal pergeñadas, sino en palabras contundentes y directas, cortadas como facetas de un Diamante.

ESTE ES MI CUERPO,

ESTA ES MI SANGRE.

Entre Cafarnaúm y la Habitación Alta, entre la promesa del Pan y la dación del Pan, hubo la pregunta de esos que trabajan por la comida que perece: ¿Cómo puede este darnos a comer su Carne? Y tanto para aquellos que se apartaron diciendo: “Estas son palabras duras, y quien las podrá oír”, como para aquellos que se quedaron, diciendo: Señor, ¿A quién iríamos? No había duda que El Señor quiso decir lo que dijo. Y este ha sido siempre el título singular sobre el cual descansan las doctrinas de la Iglesia Católica: ella cree que Jesucristo quiso decir lo que dijo, y no otra cosa distinta.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo dijo a sus Sacerdotes escogidos, “Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes ustedes les perdonen”, nosotros creemos, y tenemos el Sacramento de la Penitencia.

Y cuando el mismo Señor dijo: “Mi verdad les he dado, pues Yo mismo estaré continuamente con ustedes hasta la consumación de los siglos”, nosotros creemos, y tenemos la Infalibilidad Doctrinal.

Por eso cuando el mismo Dios Humanado dijo: “Este es mi cuerpo”, nosotros creemos que Él quiso decir lo que dijo. Y tenemos la Santísima Eucaristía. No creemos que Él quiso decir: “Esto ‘significa mi cuerpo’, O, esto ‘significa mi sangre”, pues esto no fue lo que Él dijo. Desde esa noche memorable hasta ahora, los hombres han creído en el Emmanuel Eucarístico. En el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Al cabo de casi dos décadas después de la ascensión, encontramos a San Pablo recordándoles a los Corintios, distantes un mar y una civilización de la cuna del Cristianismo, que no comieran el Pan o bebieran el Cáliz del Señor indignamente, porque esto lo hace a uno “reo del Cuerpo y de la

Sangre del Señor”. Ciertamente que esta advertencia no hubiera si do hecha a ellos, si el Pan y el Vino, no fueran más que símbolos del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.

Los años pasan. Un Salvador perseguido debe tener hijos perseguidos, y Aquel que ha nacido bajo la tierra debe alimentar a Sus hijos bajo la tierra, “en las catacumbas”. Se levantan las persecuciones y los hijos del Rey de la cueva, cavan hoyos en la tierra como topos humanos; allí, bajo las calzadas que resonaban con las pisadas de las legiones irresistibles del Cesar, bajo los fundamentos de los mismos templos de Roma, estos amadores de la Vida se nutrieron con el Pan de la Vida.

Luego, de las cuevas y cavernas salieron a ser contemplados por las multitudes del Coliseo con sus dedos volteados hacia abajo. El circo era circular: no había salidas, ni medios de escape, excepto desde arriba: pero era suficiente. Ellos encararon la muerte con una sonrisa de gozo en sus labios. Los Lacayos del Cesar esparcieron arena fresca para ocultar la sangre su sangre, pero no pudieron acallar sus voces. Ellos se levantaron de los mataderos de los circos de Roma para llegar a los mismos tribunales de la justicia de Dios para penetrar la niebla de las edades brumosas con un reto bien claro: *Al morir, en nuestra sangre ha sido mezclada la sangre del Dios vivo, y he aquí que vivimos.*

Y la Iglesia de la cual ellos “los mártires” han sido miembros militantes, salió también de sus cuevas y cavernas, y también vivió en libertad, porque su vida, era la Vida de Dios. Miles de lámparas empezaban a parpadear y miles de luces a saltar de gozo delante de miles de tabernáculos “sagrarios” en miles de pueblos. Y nadie durante todo este tiempo pensó en negar la Presencia Real de Jesucristo en la Eucaristía. Estaba reservado a Berengario negarla formalmente en el año de 1088, negativa de la que más tarde se retractó. Solo a partir del principio del siglo 18 el mundo ha desvitalizado la religión, ha hecho de la Iglesia una estructura, y del Pan de Vida, solo una figura y un símbolo.

Pero en la Iglesia –*el cuerpo místico*– ha habido siempre una lealtad que no desfallece en la Presencia Eucarística, no solo en el más humilde de los tabernáculos de alguna misión extranjera, sino también en la demostración de un Congreso Eucarístico. Es la Eucaristía lo que constituye esa diferencia.

El centro de la casa de Dios no es un pulpito ni un órgano, sino Cristo mismo; no es una ciudad, como la Meca, sino una vida; la vida de Dios. La Iglesia no se contenta con señalar con su dedo a dos mil años atrás, y decir: "Que Cristo sea vuestro ejemplo". Esto es todo lo que tiene que ofrecer el moderno cristianismo que es una mezcla de agua y leche: apenas una memoria de Cristo que vivió dos milenios atrás. No es de extrañar que esto no satisfaga en los corazones el hambre de realidades.

Si esto fuera todo lo que el cristianismo significa, es decir, un recuerdo, entonces el recuerdo de Cristo no se diferenciaría nada del recuerdo de Seneca o Cicerón, de Washington o de Simón Bolívar... Si para nuestras vidas Cristo no significa más que el ejemplo de su vida hace 2.000 años, entonces es difícil ver cómo fue "El" Dios, y en que se diferenciaba El de los hombres. Si Jesucristo no tuvo poder para extender "Su vida, Su influencia, Su gracia, Su cuerpo y Sangre, a través de los siglos hasta su mismo fin, entonces Él está bajo las mismas limitaciones de todo hombre.

La vida exige más que un recuerdo para sostenerse, y si Cristo es la misma Vida del cristiano, entonces debe ser más que una simple memoria.

No sería suficiente decir a un animal: "Mira cómo vive la planta, que ella sea tu ejemplo". El animal solo come la planta que tiene en frente. Si Cristo ha de ser nuestro Alimento y nuestra Vida, es propio que Él esté con nosotros, pues es de la misma naturaleza de la Vida, el ser localizada y concreta. La vida de las plantas, que es el alimento del animal, no vive en algún planeta distante, y así tampoco Cristo, que es el alimento del alma, no puede vivir apartado de nosotros como un patrón siempre ausente. Él está con nosotros, Él está aquí, Él tiene una mirada tierna y llena de amor...

El tabernáculo es la localización de la vida, y es allí, solamente allí, donde los ojos proscritos del pecador encuentran la salud en las lágrimas expiatorias; solamente allí son levantados los deseos de la esperanza para mirar más allá del velo; y solamente allí el corazón flagelado que sangra sin cesar rompe su silencio para invitarnos a su amor diciendo: ¡Ven a mí, tu que estás cansado y agobiado, YO te daré descanso!

¡Y que contraste y que triste espectáculo se presenta en las iglesias de nuestros hermanos separados, quienes han negado que Cristo negara decir lo que dijo, al afirmar que se daría "EL MISMO" al hombre bajo la apariencia de Pan y Vino! ¡Qué lastimoso es entrar a sus edificios, "muy

hermosos por cierto” solo para encontrar que *EL ALMA*, o sea, “CRISTO”, no está allí...! Un hogar no es un hogar al menos que haya moradores; una Iglesia no es una Iglesia, a menos que Cristo este allí.

Al entrar en tales edificios, uno casi siente que se halla al lado de la tumba en la mañana de Resurrección y un ángel allí vestido de blanco, diciendo; “*EL NO ESTA AQUÍ*”.

Pero el proceso de la vida, una vez concedida la revelación, exige no solo la localización, o Presencia Real de la Vida, sino también la comunión con esa Vida. La comunión con Dios es un don gratuito, un don que pudo no haberse dado, pero que no altera el hecho de que una vez dado es algo que se acomoda eminentemente a la misma naturaleza del hombre. La comunión no es algo contrario al modo de operar de la naturaleza, sino más bien la corona y gloria de sus procesos ordenados; es una ley de todos los seres vivos, que no tienen vida perfecta dentro de sí mismos.

Si el mineral pudiera hablar diría a la planta: “Al menos que me ingieras no tendrás vida en ti” Si la planta pudiera hablar diría al animal: “A menos que me comas, no tendrás vida en ti”. Si el animal, y la planta y el aire pudieran hablar, dirían al hombre: “Al menos que nos comas, no tendrás vida en ti”. Con la misma lógica, pero hablando desde arriba y no desde abajo, porque el alma es espiritual, Jesucristo puede y de hecho dice al alma: “Si no comen mi carne y no beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes”. Después de llamar al hombre a un fin sobrenatural, Dios dio los medios para este fin, y entre esos medios el que ahora singularizamos para mostrar como perfecciona la naturaleza, es la comunión con “El” mismo en la Santísima Eucaristía. La ley de la transformación opera constantemente por todo el orden de lo natural, pero también lo podemos encontrar más perfecto en el orden sobrenatural. Lo inferior se transforma por sí mismo en lo superior. La planta se transforma en el animal cuando es tomada dentro de este como alimento, pero el hombre se transforma por gracia y por amor, en Cristo, cuando toma a Cristo en su alma como alimento, pues la cualidad del amor es transformarse en el objeto amado.

En el Santo Sacrificio de la Misa, el pan y el vino se cambian en el cuerpo y la sangre de Cristo. Ha sido aplicada a este acto, la palabra, “Transustanciación”; y ella significa, que la sustancia del pan se convierte en la sustancia del Cuerpo, y la sustancia del vino se convierte en la

sustancia de la Sangre, pero aún permanecen las apariencias externas de gusto, color, peso, forma, en una palabra; todas las apariencias sensibles.

Hay una clase de transustanciación que se verifica en la Sagrada Comunión: decimos “una clase”, porque no es idéntica en todos los aspectos. Cuando yo recibo la Sagrada Comunión recibo a Cristo; esto no significa que mi sustancia se convierte en Su sustancia, ni que hay una fusión de las dos. Pero significa que Cristo viene a mí para vivificarme y transformar mis actividades de modo que yo pueda amar lo que El ama, odiar lo que El odia, querer lo que Él quiera, y que Sus intereses se vuelvan mis intereses; sus afectos, mis afectos; sus deseos, mis deseos; En este sentido yo puedo exclamar con San Pablo: “No soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí”. Y aunque mis actividades son transformadas, mi apariencia corporal, mis señas, mi exterior, mi nombre y mi ocupación permanecen los mismos. Las apariencias permanecen, pero allá en el fondo de mi alma ha tenido un cambio maravilloso; he dado paso a Cristo: “Cristo vive en mí”.

San Agustín de Hipona ha expresado este pensamiento en la siguiente oración: Oh verdad, Oh Infinita Belleza, Oh Amor externo, Oh Vida Sobrenatural. Tu que por milagro y en miles de altares cambias la sustancia del pan y el vino, en Tu cuerpo y Sangre, dignate realizar aun otro cambio. Transforma en Ti mismo a mi espíritu, mi corazón, mi imaginación y todo mi ser. Que el poder de tu oblación y la permanente serenidad de Tu Amor opere ese cambio maravilloso en la oscuridad del exilio, hasta el día en que seremos consumados eternamente en la luz del día sin crepúsculo. Amen

No me sorprende de que Él se dé a Si mismo como el alimento mío. Después de todo, si El suministra alimento a los pájaros del aire y a las bestias del bosque en el orden natural de Su universo, ¿Por qué no había de suministrármelo a mí en lo sobrenatural? Y si la planta alimentó su semilla antes de que madure, y si los pájaros traen alimento a sus críos antes que puedan volar, ¿voy a negarle a Él lo que reconozco a una criatura? En realidad, lo que la Madre dice al niño que tiene en su pecho, es; *toma, come, bebe, este es mi cuerpo dado para ti*. Y así como la Madre faltaría a la verdad de los hechos al decir refiriéndose al alimento de su niño: “esto representa mi cuerpo”. Así también el señor faltaría a la verdad de los hechos al decir: “Mi Carne es comida en verdad y mi Sangre es

bebida en verdad”, si con esto quisiera indicar que son apenas una representación de su Cuerpo y su Sangre.

Ciertamente el siervo no es más que el Amo, y lo que una Madre puede hacer en el orden natural, Dios lo puede hacer en el orden sobrenatural. Y yo creo esta palabra: *“Porque ningún hombre ha hablado antes como este hombre”*. Resumiendo; ¿No habría de ser Cristo en realidad un “Pelicano Divino” que es representado hiriéndose su propio costado para alimentar a su crío de su propia sustancia?

La Eucaristía es el requisito por el cual necesariamente la vida, que no tiene plenitud en sí misma, debe nutrirse de otra vida. Y si esto es valedero para el cuerpo, mil veces más cierto será para el alma, pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?

Hallamos una analogía para la Eucaristía no solo en la comunión de la vida con la vida, sino también en los mismos elementos de la naturaleza que Cristo escogió como la materia del sacramento. El escogió el pan y el vino, como lo mejor para recordarnos Su pasión en el sacrificio de la Misa, porque ambos adquieren su estado después de pasar por una especie de Calvario. *El trigo se convierte en pan y las uvas en vino, después de sufrir una verdadera pasión, en el molino y en el lagar respectivamente.*

La Eucaristía, entre los medios que Dios ha provisto a la humanidad para conseguir su salvación, es una de las más grandes necesidades de nuestra civilización moderna y cura de todas nuestras enfermedades y cancers. Ella hace resaltar la gran verdad de que no debemos luchar por la carne que perece, sino por el pan que da Vida Eterna.

Supongamos que mañana en la mañana toda persona que vive en el mundo recibiera la Sagrada Comunión. ¿Existirían muchos pobres al lado de pocos ricos? ¿Subsistirían las guerras entre las naciones y la batalla de los armamentos? ¿Se verían atestados nuestros juzgados de divorcio con aquellos que intentan desatar los lazos que Dios ha atado? ¿Un hombre levantaría su mano contra su hermano para asesinarlo? ¿Existiría el racismo, el machismo, el aborto? En el mismo momento en que el mundo entero desayunara con el Pan de Vida y el Vino que germina Virgen, con un corazón humilde, sería el ideal para la paz y el amor, que nunca será realizado mientras haya lobos entre las ovejas.

La fe en la Santísima Eucaristía es el remedio para la degeneración “de la mente y del cuerpo” en el cual está sumergido nuestro mundo contemporáneo. El cual lleno de errores en muchas de las mentes incluso de las más cultas, y depravaciones del cuerpo en un nivel a escala de locos, se debate como una madre con dolores de parto, entre la opción por la muerte, o en la decisión por la vida.

La fe es un ascenso intelectual hacia una verdad basada en la autoridad de Dios revelándose; y es un don de Dios. Pues hay incrédulos y creyentes, que miran la misma verdad, de diferente manera: el uno ve simple pan, el otro a Jesús resucitado, porque tiene la luz adicional que le da la fe.

Hay tres mundos en el templo de este universo; el mundo de la materia, el mundo del espíritu, y el mundo de la gracia, y ellos constituyen respectivamente “el vestíbulo, el santuario, y el Santo de los Santos” de la creación. La llave que abre el mundo de la materia, no es la misma que abre el mundo del espíritu, o el mundo de la gracia. Dios en su sabiduría ha dado esas tres llaves, y las tres las puede poseer el hombre.

La llave que abre el mundo de la materia o el vestíbulo de la creación, es el conocimiento sensorial, pues a través de nuestros sentidos, “la visión, el olfato, el tacto, la audición, Etc. Conocemos las cosas del mundo.

La llave que abre el mundo del espíritu, o el santuario de la creación, es la inteligencia, que puede conocer la naturaleza íntima de las realidades y puede elevarse a un conocimiento de esas realidades en que nunca sueñan los sentidos; realidades tales como la verdad, la bondad, la virtud, la justicia, el amor, y la fuente de todas, Dios mismo.

La llave que abre el orden sobrenatural, el Santo de los Santos, el mundo de la gracia, es la luz de la Fe, porque; *lo que es la luz del sol al ojo, es la Fe a la razón*: es la revelación de una nueva clase de luz del día, la luz del día, de la luz del mundo. La Fe no rebaja la razón.

La Fe no significa que tengamos que clausurar nuestra razón, significa que debemos glorificarla. Un telescopio no destruye la visión del ojo, sino que lo capacita para ver objetos a más larga distancia; de igual modo, la Fe perfecciona la razón y le revela a esta todo un campo nuevo de visión, que de otra manera hubiera escapado a ella aun con los más poderosos instrumentos.

La Fe es un misterio, pero es siempre el misterio lo que hace tan claro todo aquí abajo. El sol es el misterio del orden natural, porque es la cosa que no podemos ver; es demasiado brillante, y sin embargo es a la luz del sol como todas las cosas son claras. Así, también, cuando se introduce un misterio en la religión, es decir, algo por encima pero no opuesto a la razón, como la Encarnación, todo lo demás que hay en el mundo se hace claro a la luz de ese misterio.

Por otro lado ¿Qué es la juventud? ¿No es la juventud la cercanía a la fuente de la vida? ¿Y cuál es la fuente terrena de la vida? ¿No son acaso nuestros padres? De aquí deducimos que un Niño de 9 años es más joven que uno de 12. Esta tres años más cerca de la fuente de su vida. Y lo mismo: un hombre de 70, es más viejo que uno de 25. Porque aquel esta 45 años más distante de la fuente de su vida, vale decir, sus padres.

Ser joven, entonces, es cuestión de estar más cerca a la fuente de nuestra vida. Pero Dios es la fuente última de la Vida. Nada tiene vida sin Él, porque Él es la Vida misma. Se sigue entonces que cuanto más cerca estemos de Dios más jóvenes vendremos a ser, y cuanto más distantes estemos de Él, más viejos estaremos. De aquí que yo pueda por el contrario también imaginar, que una persona se hace más joven a medida que se vuelve más viejo; en otras palabras, a medida que se hace más viejo en años, se vuelve más joven por la gran unión con Dios. Esta no es una metáfora inútil ni mera verbosidad vacía. Se funda en la verdad elemental de que la vida animal no es la clase de vida más alta.

Tan cierto es eso de que nos hacemos más jóvenes a medida que nos vamos poseyendo mejor del Amor Divino, que la Iglesia llama "*Natalicia*". El día en que mueren los santos: es su natalicio, por cuanto ese día nacen a la Vida Perfecta con Dios.

¿No llamamos nosotros "*nuestro natalicio*" el día en que nacemos a la vida imperfecta de esta tierra? ¿Por qué no había de llamar la Iglesia nuestro natalicio al día en que nacemos a la Vida Perfecta? El mundo celebra su natalicio en el día que nacemos a la vida terrena; la Iglesia celebra su natalicio el día en que nacemos a la vida celestial.

Aquí, también, se ve revelada la belleza de la liturgia de la Iglesia. En su calendario, la Iglesia celebra solamente tres natalicios a la vida física: la Natividad de Nuestro Señor, el 25 de Diciembre; la Natividad de La Bendita

Madre, el 8 de Septiembre; y la Natividad de Juan el Bautista, el 25 de Junio. ¿Y por qué solamente las tres?

Porque sus nacimientos físicos fueron sin pecado, mientras todos los demás nacimos con la mancha de pecado y por tanto muertos espiritualmente. Nuestro Divino Señor, siendo Dios, fue absolutamente sin pecado; nuestra Bendita Madre fue concebida libre de pecado, inmaculada; y San Juan el Bautista fue purificado en el vientre de su Madre durante la Visitación de la Bendita Virgen María.

La fuente de vida no está muy distante. No es necesario viajar por mares desconocidos en busca de su fuente, pues esa vida; pasa del Padre al Hijo en la Generación Eterna de la Santísima Trinidad, del Hijo a la naturaleza humana en la Encarnación, de la Encarnación, a la Iglesia en los Sacramentos, es la Vida que pasa a nosotros en la Eucaristía.

El mundo de hoy está muriendo de hambre. Hay hambre hoy sobre la tierra igual que hubo hace algunos años cuando el Rey de Reyes nació. Esta hambre es un hambre de la Verdad Divina en todas sus formas.

Pero, para convencer al mundo de que entre los medios de salvación uno de los más poderosos es el pan espiritual que calma el hambre y vence esa ansiedad, le diremos que, El, el PAN VIVO, nació en la CASA DE PAN, pues ese es el significado que en Hebreo tiene la palabra "BELEN" y solo dirigiéndonos a la Casa de Pan, "Hoy la Iglesia" es como disfrutamos intimidades con el Emmanuel, intimidades que sobrepasan en mucho las de Juan, cuando oía los latidos del Sagrado Corazón, y cuando nos inclinemos a adorar, veremos la continuidad de "Belén" en el Altar.

LA VIDA SE MORTIFICA

Toda vida, ya hemos dicho, debe expandirse por medio de la nutrición. La planta debe vivir y se alimenta de los minerales; el animal debe vivir y se alimenta de las plantas; el cuerpo del hombre debe vivir y se nutre de las plantas y animales. Pero el hombre tiene un alma y siempre que esa alma es espiritual exige una clase de alimento espiritual. Este alimento en general es la Revelación, y en particular, en el orden presente de salvación, es el gran don de la Eucaristía, que bien pudo no habérsenos

dado, pero que fue dado para que el hombre pueda disfrutar una más íntima comunión con Dios.

Hay sin embargo otro proceso de la vida, a saber: *EL CATABOLICO*, que corresponde a la contradicción en el orden mineral. El hierro no solo se expande cuando es calentado, sino que se contrae cuando es enfriado. La vida no solamente se nutre sino que viene a ser el alimento para otra clase de vida. Los diversos órdenes de creación son otras tantas expresiones diferentes de esta ley. La planta no solamente consume el hidrogeno, oxigeno, y luz del sol que son necesarios para su vida, sino que a su vez se vuelve alimento para el animal; el animal no solamente se nutre de las plantas del campo, sino que incluso da su vida para el hombre a fin de que sea servido como alimento en su mesa.

Como se puede ver aquí: una vez que un reino superior ha sido nutrido por un reino inferior, se vuelve, a su vez, el alimento del reino que está por encima de él. Si esta ley no existiera, toda la vida perecería en la tierra. Si el reino químico en un acto de egoísmo se negara a darse a las plantas, si el cielo rehusara bendecir la planta con su lluvia, toda la vida de la planta desaparecería de la tierra. Si la planta en un acto de egoísmo se negara a darse en alimento al animal en el campo; si la semilla rehusara darse en alimento a los pájaros; si el mar se negara a alimentar a los peces, entonces toda la vida animal que hay sobre la tierra se extinguiría. Si los minerales y las plantas y los animales se negaran a dar sus energías y sus vidas al hombre, entonces toda la vida humana se extinguiría de la faz de la tierra. En otras palabras, la vida debe no solamente expandirse por el crecimiento, sino que debe morir por contracción para convertirse en alimento de la vida superior. Todo el universo sería un mundo de parásitos si las cosas no renunciaran a sus vidas en beneficio de otros.

¿Pero es justa esta ley de destrucción e inmolación?

Primero que todo: ¿es justo que la vida deba existir para otra vida? Podemos contestar a esta pregunta, preguntando otra; ¿Tiene la planta vida en si misma? ¿Tiene el animal una vida perfecta? ¿El mismo hecho de que las plantas y los animales y el hombre necesiten alimento, no prueba que no tienen ellos una vida perfecta, sino que todos dependen de otra vida?

Solo Dios tiene una vida perfecta. Si nada tiene vida perfecta, excepto Dios, ¿Negaremos a esta vida imperfecta el derecho de vivir? Y si admitimos el derecho a vivir, admitiremos también el derecho a vivir a base de un plano inferior de vida. ¿Negaremos la reciprocidad en el orden de las cosas vivas? ¿No es justo que si unas cosas se nutren de otras, ellas a su vez deban llegar a ser el alimento para algo más alto? En conclusión: es apenas justo que si las cosas consumen, también deben ser consumidas; si inmolan, deben también ser inmoladas; si reciben, deben también dar.

¿Cuál es el beneficio y propósito de todo esto? ¿Qué alto propósito pudo haber tenido Dios al imponer esta ley de inmolación a este universo?

Él tiene un plan: yo diría un súper-maravilloso plan, que veremos claramente, si lo estudiamos muy detenidamente: *Y SU PLAN ES*; dar a cada uno de los reinos, una vida superior a la que naturalmente poseen. El reino químico, el aire, la luz del sol, los carbonatos y demás no tienen vida. ¿Pero que les ocurre una vez que entran dentro de la planta? La planta no los destruye; no los borra de la existencia; no quita nada de su dignidad; sino que les añade algo. La Planta ennoblece al mineral al asociarlo a su propia vida, lo hace participar una vida que nunca antes había disfrutado. Da al mineral nuevas leyes; le confiere la dignidad de la vida de la planta. En otras palabras, lleva la naturaleza del reino mineral.

El mismo beneficio resulta al reino animal. Así como el mineral renuncia a sí mismo para vivir una vida más alta en la planta, así también la planta se inmola en beneficio del animal con el fin de ennoblecer su propia vida en el animal. La planta es descuajada de raíz del suelo donde estaba asentada; es tomada como pasto por los dientes devoradores de las bestias; es molida como alimento, y pasa al organismo del animal. Pero al pasar al animal, no deja de ser vida; si así ocurriera, nunca nutriría al animal. Lo que ahora sucede es que empieza en este momento a ser gobernada por otras leyes dirigidas a propósitos nuevos; en una palabra, organizada en forma de células, la planta comienza ahora a tomar una vida superior, pues ahora ve y oye y es consciente, porque es “una” con el animal. En otras palabras, su naturaleza ha sido elevada y ha “nacido de nuevo”. Este es como si dijéramos, su premio por su inmolación.

Así como la planta da su vida para el animal y vive en este, así, tanto ella, como el animal, dan sus vidas para el hombre, así también ellos viven en el

hombre. Y su premio por la inmolación, es que los tres; minerales, vegetales, y animales, viven en el hombre con una existencia más grandiosa que la que nunca tuvieron antes. Mueren a sí mismos al venir a ser el alimento del hombre, y sin embargo viven de nuevo en el hombre de una manera nueva. Caen dentro de un nuevo gobierno; vienen a ser parte de él, en tal grado, que estamos en lo cierto al afirmar que el mineral, la planta, y el animal; sienten, piensan, quieren, y aman, en el Ser Humano.

Sus existencias han sido ennoblecidas; sus vidas, enriquecidas; sus facultades asumen nuevos poderes. Es decir, su naturaleza es elevada. Y esta es su recompensa por su inmolación.

¿Pero hay algo que pueda ennoblecer la existencia del hombre? ¿Hay alguien por quien el hombre pueda morir con el fin de que pueda tener una clase de existencia más alta? ¡Si así no fuera, cuan terrible mundo sería este! No tenemos derecho a decir que no hay vida más alta que el hombre, así como la rosa no puede decir que no hay vida más alta que la suya.

Supongamos que el orden del universo se detuviera en el hombre. Entonces la planta sería más alta que el hombre, porque la planta podría continuar su existencia en una manera más noble dentro del animal; entonces el animal sería más alto que el hombre, puesto que el animal podría enriquecer su existencia dentro del mismo hombre.

Ciertamente debe haber alguna naturaleza por encima del hombre dentro de la cual el hombre pueda introducirse con el fin de que pueda ser sobrenaturalizado. Debe haber alguna clase de vida más alta que sea la perfección de la vida humana en un grado inconmensurablemente superior a la perfección de la vida de la planta en el animal. ¿Y cuál es esta vida?

Es la vida de Dios, una vida infinitamente distante e infinitamente remota de la vida del hombre. Hemos visto los diferentes procesos por los cuales la creación inferior participa en la vida superior. Pero cuando reflexionamos en este misterio oculto en Dios desde toda la eternidad, a saber; “la elevación del hombre para ser un partícipe de la naturaleza divina”, no existe nada en la creación que se le parezca.

Podemos ver algunas débiles analogías en los ejemplos ya dados, pues toda criatura, aun los Ángeles del cielo, por un misterio del Amor de Dios,

son llamados a más alta perfección en Dios. El poder de Dios también se ha manifestado en el hecho de que ha comunicado la vida en estado de “víta=evolución” libre y gratuitamente a todas las criaturas intelectuales. Dios pudo haber hecho esta cosa maravillosa en varios modos posibles, pero su amor nos ha revelado la manera que ha escogido.

Dios mismo se dignó volverse partícipe de nuestra humanidad con el fin de que nosotros pudiéramos participar de Su Divinidad. Jesucristo nuestro Señor es el eslabón entre nosotros y Dios. Debido a que tiene una naturaleza humana, Él es como nosotros en todas las cosas, excepto en el pecado; debido a que tiene una Naturaleza Divina en la Unidad de la Persona, Él es Dios. El común denominador entre Él y nosotros, es Su naturaleza humana. Este es el lazo entre nosotros y la vida de Dios.

Ahora bien, si nosotros hemos de vivir la vida más alta, si hemos de llegar a incorporarnos en la Vida de Dios, si hemos de ennoblecer nuestra vida, entonces debemos en cierto modo entrar en la Vida de Jesucristo. Debemos llegar a ser “uno” con El, si queremos participar en Su Vida.

¿Pero cómo podemos entrar en esta vida más alta? ¿Cómo podemos participar en la vida de Cristo? La respuesta es sencilla: debemos seguir lo que parecería ser una ley universal. Aunque conservando una distinción completa entre naturaleza y gracia, debemos seguir la misma ley que sigue el mineral al entrar en la vida de la planta, y la planta al entrar en la vida del animal, es decir; *debemos morir a nosotros mismos.*

Antes que la planta pueda vivir en el animal debe ser descuajada de sus raíces y “pasar” en cierto sentido, a través de las fauces de la muerte; antes que pueda pasar al animal; así mismo, el animal para que pueda entrar en la vida del hombre, debe pasar por el fuego y agua que constituyen su Getsemaní y su Calvario. Cada cosa debe morir a sí misma, debe inmolarse a sí misma si ha de tener vida perfecta. Nada “nace” a una vida superior a menos que nazca “desde arriba”. Si la planta pudiera hablar, diría al mineral: *A menos que nazcas de nuevo no podrás entrar en mi reino.* Si el animal pudiera hablar diría a las plantas y minerales: *A menos que nazcas de nuevo no podrás entrar en mi reino.* Estas gradaciones tienen una analogía imperfecta con nuestra vida. Sin embargo Cristo puede hablar porque Él es el Verbo; Él puede decir al hombre: *El que no renace del agua y de la gracia del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios. Y ese renacer, es; EL BAUTISMO.*

Sumergidos en las aguas regeneradoras de ese sacramento, morimos a nuestras vidas naturales, y empezamos a vivir vidas espirituales, no como criaturas, sino como verdaderos hijos en la Familia de la Trinidad, por donde tenemos el derecho de llamar a Dios, ¡PADRE! De igual modo que la planta muere y es enterrada en su vida de planta, así también en un modo más eminente, San Pablo nos dice; en el bautismo hemos quedado sepultados con Cristo, muriendo al pecado: a fin de que así como Cristo resucitó de la muerte a la vida, para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con un nuevo estilo de vida.

El bautismo, entonces, no es un ritual arbitrario; es una ley de la vida, una ley especial del orden sobrenatural, es cierto, pero al fin una ley. Dios pudo haber usado otros medios para efectuar nuestra incorporación en su vida, pero lo cierto es que los medios que El escogió están en consonancia con el orden como opera la naturaleza. La necesidad del bautismo como medio de salvación eterna, es, entonces, de origen Divino. Fue Jesucristo mismo quien nos lo dijo así. Pero esto no es un mandato por el hecho de hacer “un ritual” como muchos quisieran hacernos creer en el mundo moderno.

Mirando hacia atrás desde Su Revelación, podemos ver a toda la naturaleza gritando la “necesidad del bautismo” en el sentido de que ella exige una muerte como condición para un nuevo nacimiento. Este proceso de morir con el fin de vivir, que en nosotros se inicia en el bautismo, debe continuarse a través de toda la vida cristiana, y este continuarse a través de toda la vida cristiana es; *LA MORTIFICACION*.

Este es uno de los aspectos de los procesos metabólicos de la vida cristiana. *A menos que el grano de trigo que cae al suelo muera, permanece estéril.*

La facultad de encontrar la vida por medio de la muerte, hace a la semilla más noble que el Diamante. Al caer al suelo ella pierde su envoltura exterior que es un poder restrictivo de la vida que hay en su interior. Pero una vez que esta corteza exterior muere en el suelo, entonces la vida revienta y salen hojas.

Así también, a menos que nosotros muramos al mundo con sus vicios y sus concupiscencias, no podremos brotar a la vida eterna. Si queremos vivir en una vida superior, debemos morir a la vida inferior; si vivimos en la vida

inferior de este mundo, morimos a la vida superior con Cristo. Podemos poner toda esta ley en las palabras de la hermosa paradoja de nuestro Divino Señor: *“El que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”*. Si queremos salvar nuestra vida, debemos perderla; es decir, si deseamos salvarla para la eternidad debemos perderla para el tiempo, si queremos salvarla para las mansiones del Padre, debemos perderla para este mundo sombrío; si deseamos salvarla para una felicidad perfecta, debemos perderla para los placeres pasajeros de la mortalidad.

Francis Thompson dice: toda primavera tiene su otoño; el nacimiento lleva en si el germen de la muerte, pero también la muerte tiene en si el germen de la vida. Es la semilla que cae del árbol para germinar, la lluvia que cae del cielo y trae el verde de las plantas. El musgo se consume para que el musgo nazca.

Pues no hay nada vivo que no le deba algo a la muerte, y no hay nada que muera sin que algo surja a la vida, hasta el fin de los tiempos. El tiempo, raíz oculta de todo cambio, preside el nacimiento y la muerte inseparables en la tierra; porque son dos aunque parezcan uno.

¿No ha sido esta, la ley de Cristo? ¿Por qué vino El a la tierra? Él nos ha dicho: *Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia*. ¿Pero cómo entrego “El” esta vida? ¡La entrego sufriendo y muriendo!

El, vino a la tierra a dar su vida por la redención de muchos. Él se llamó a sí mismo “El Buen Pastor”, y el buen pastor da Su vida por Sus ovejas. Nadie se la quita, sino que El la da por Sí mismo.

Y era conveniente que Aquel que trajo la salvación a todas las naciones necesitara ser asesinado por Su propio pueblo; esto concuerda con las ideas humanas de que quien ofrece su vida deba ser llevado a la muerte; es natural que quien ama a Sus enemigos sea matado por sus amigos. Es natural que quien dijo: *“La semilla es la Palabra de Dios”*, diera Su Vida como la semilla: es decir, cayendo a la tierra, y esto fue lo que El hizo en sentido literal.

El Verbo cayó al suelo en dos grandes ocasiones, y en ambas la Vida brotó. El cayó al suelo primero en la Encarnación -pues nació en una caverna- Y la Vida de Dios se encontró entre los hombres. El cayó

nuevamente en Su Pasión -puesto que cayó en una tumba- Y se levantó a la vida gloriosa en la inmortalidad de Su Resurrección.

En el monte Sinaí, en medio de truenos y relámpagos, fue dada al mundo una ley de temor en tablas de piedra, y que decía: “No Mataras”. En medio del cielo cubierto de tinieblas fue dada una ley de amor al mundo y esta vez no estaba escrita en piedra, sino en la carne desgarrada de un Salvador Crucificado, y decía: “No temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: temed más bien Al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno”. Entonces los hombres empezaron a entender que es la vida más alta la que hay que conservar, y al entender esto, se gloriaron con Pablo en la filosofía de la mortificación: Morir es una ganancia.

Miremos no solo Su vida sino también Su doctrina; se pone delante de nosotros la misma ley de inmolación. El mundo moderno no toma con dulzura esta ley de mortificación y con todo, cae sin saberlo en la inconsecuencia. Ha habido por parte de la religión de estos días un gran anhelo por un cristianismo simplificado en el cual no hubiera más credos ni más dogmas. Es decir un sincretismo, hoy propuesto por la Nueva era.

El mundo moderno desea aceptar del Evangelio unas pocas verdades que a nadie perjudiquen, y de este modo ha escogido las Bienaventuranzas. El Modernismo habla de las bienaventuranzas como si estas fueran una especie de conferencia, monótona, y olvida que las bienaventuranzas contienen más dogma, más mortificación, más penalidades, más espíritu contrario al modernismo, que cualquier otra cosa del Evangelio.

El Sermón de la Montaña es apenas el prelude al drama del calvario. Comparemos las bienaventuranzas con lo que podríamos llamar las bienaventuranzas del mundo; las unas son la antítesis de las otras.

El mundo dice: Bienaventurados los Ricos. Cristo dice: Bienaventurados los pobres de espíritu.

El mundo dice: Bienaventurados los poderosos. Nuestro Señor dice: Bienaventurados los mansos.

El mundo dice: Ríe y el mundo reirá contigo. Cristo dice: Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

El mundo dice: Ponte de parte de ti mismo o de la mayoría. Cristo dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

El mundo dice: Vive la vida a tu gusto, goza la juventud, alabado sea el sexo. Cristo dice: Bienaventurados los que son limpios de corazón.

El mundo dice: En tiempo de paz, prepárate para la guerra. Cristo dice: Bienaventurados los que trabajan por la paz.

El mundo dice: Bienaventurados los que nunca sufren persecución. Cristo dice: Bienaventurados los que son perseguidos por mi causa.

El mundo dice: Bienaventurada la popularidad. Cristo dice: Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaran el descanso para sus almas.

Así, muchas de las palabras del Sermón de la Montaña muestran una oposición irreconciliable entre el mundo y Cristo. Él vuelca todas las máximas del mundo así como volcó las mesas de los mercaderes en el Templo, y dijo abiertamente que Él no era de este mundo: "Si el mundo, los aborrece, sepan que primero que a ustedes, me aborreció a mí. Si fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya, pero como no son del mundo, sino que al escogerlos, los saque del mundo, por eso el mundo los aborrece". Todo modelo que alguna vez erigió el mundo, Él lo vuelca con ira implacable. Él fue el Iconoclasta del mundo, que convirtió en añicos sus falsos ídolos. Él hablo en el lenguaje de la paradoja, porque solo la paradoja podía expresar esa oposición entre El mismo, y el Mundo.

El que se ensalza, dijo El; será abatido. Los primeros, serán los últimos. El despreciado, será preferido. El vilipendiado, Será honrado. Los necesitados, poseerán todas las cosas. Los injuriados, serán benditos. Los perseguidos, podrán sufrir pacientemente. Los blasfemados, oirán las suplicas de sus blasfemos. El débil, será fuerte. El fuerte, será débil. El tonto, será sabio. Y el sabio, será tonto. El escribió la ley del cristianismo con el ejemplo de Su propia vida, y esa ley es; la muerte de todas las cosas en su primera etapa, es la condición necesaria para el progreso indefinido.

Si pudiéramos nosotros aplastar este anhelo de felicidad, que mata toda felicidad; y perder nuestra vida, nuestra vida solitaria y cerrada para encontrar de nuevo miles de vidas en aquellos por quienes morimos, entonces hombres y mujeres sostendríamos nuestro puesto a la derecha en

el gran universo de Dios, en donde, en cielo y tierra, por voluntad y naturaleza, nada vive para sí mismo.

Todo, absolutamente todo, desde lo más alto hasta lo más bajo en la vida, se sacrifica.

El Cordero Divino, desde la fundación del mundo se sacrifica; los Ángeles sirven ante Dios; el sol, solo brilla para iluminar un mundo; las nubes, tienen como gloria morir en lluvia; los arroyos presurosos en el océano van a enterrar su contenido; la encina se ennoblece en el banco del carpintero; el suelo entrega su esencia a las flores; las flores alimentan a miles de gusanos de terciopelo y estos nacen solo para ser presa de las aves del cielo... ¡Todos se gastan en otros!

Y el hombre, cuyo doble ser es el nudo místico que hermana al cielo y a la tierra, es doblemente obligado por ser “gusano como ángel” a ese servicio por el cual tanto gusanos como ángeles mantienen sus vidas; el hombre, cuya misma respiración es una doble deuda, ¿rehusara ciertamente ver lo que Dios ha hecho de Él? No, dejémoslo que se sienta el señor de las criaturas, y que por libre voluntad se sacrifique también como esas criaturas que por ley natural deben sufrir; que tome su cruz y siga a Cristo el Señor.

Nada resucita, a menos que muera. Al menos que haya un Viernes Santo en nuestras vidas, nunca habrá un Domingo de Resurrección; al menos que haya una cruz, nunca habrá una tumba vacía; al menos que haya carne desgarrada, nunca habrá un cuerpo glorificado. La corona de espinas es la condición del halo de luz, y cada resurrección supone una muerte, como cada muerte es el antecedente de la resurrección. A menos que muramos para el mundo, nunca viviremos en Cristo; a menos que perdamos nuestra vida, nunca la salvaremos.

Toda la cruz es más fácil de cargar, que una mitad de ella; son solamente las esquirlas y las sombras las que asustan. No hay tal que podamos dar vueltas eludiendo la cruz; los brazos extendidos no lo permitirán; debemos trepar sobre ella, y esa ascensión es la crucifixión.

Nada empieza, nada termina, que no se pague con llanto; porque somos nacidos con el dolor de otro, y perecemos con el nuestro.

¿Pero cuál es la fuerza que se mueve detrás de esta ley de inmolación?
¿Cuál es la inspiración de esta ley de que muramos a nosotros mismos para nacer a otra vida? ¿Qué energía misteriosa inspiró al Verbo Encarnado para hacer que nuestros y muertos ascendieran los peldaños hacia una vida superior? **ES EL AMOR.**

El amor es la inspiración de todo sacrificio. Y el amor, entiéndase bien, no es el deseo de tener, de apropiarse, de poseer, lo cual es egoísmo. *El amor es el deseo de ser tenido, de ser poseído, de ser habido, es el darse uno mismo al otro.*

El símbolo del amor como el mundo lo entiende; es un círculo rodeado continuamente por sí mismo, pensando solamente en sí mismo.

El símbolo del amor, como Cristo lo entiende; es la cruz con sus brazos extendidos hasta la eternidad para abrazar a todas las almas dentro de sus aspas.

El amor pecaminoso, como el mundo lo entiende, encuentra su modelo en Judas la noche de la traición; ¿Qué me dan, si yo se lo entrego?

El amor, en su verdadero sentido, encuentra su modelo en Cristo unas horas después, cuando, preocupado por sus discípulos, dice a los amigos del traidor, que quemo sus labios con un beso; “si me buscáis a mí, dejad ir a estos”.

El amor, entonces, es el “darse uno mismo” y mientras nosotros tengamos un cuerpo y estemos luchando por la salvación, será sinónimo de sacrificio, en el sentido cristiano de la palabra. El amor se sacrifica por naturaleza, así como el ojo y el oído ven por naturaleza. Por esto se habla entre enamorados de “flechas” y “dardos” de amor: como algo que hiere.

El novio que ama, no va a dar a su novia un anillo de estaño o de bronce, sino de oro o de platino, porque el oro y el platino conllevan sacrificio; cuestan algo. La Madre que pasa toda la noche sentada alimentando a su hijito enfermo, no llama a esto, una penalidad, sino amor.

El día en que los hombres olviden que el amor es sinónimo de sacrificio, ese día preguntaran qué clase de criatura vanidosa es esa que exige tributo en forma de flores, o que criatura tan ambiciosa debió ser la que les exigió oro macizo en forma de un anillo para la boda, así como también

preguntaran qué clase de Dios tan cruel es ese que pide sacrificio y renunciación.

Y si queda algún amante joven en el mundo que quiera hacer algo por el que ama, entonces yo no encuentro irrazonable, que un Dios amara tanto al mundo, como para enviar a este Su Hijo Unigénito. Y si un Padre está dispuesto a dar su vida por su hijo, entonces yo no encuentro irrazonable que el Hijo de Dios hubiera dado su vida por sus amigos, porque “Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos”.

Si todos los amantes tienden a llegar a ser como el amado, entonces no me mostrare sorprendido de encontrar criaturas que den sus vidas por el Amante Divino; y que también llegaran a ser a tal grado como El, que como San Francisco o el Padre Pio, lleven en sus cuerpos los estigmas de la pasión.

El amor es la razón de toda inmolación.

El hombre que ama su vida perfecta en Cristo, morirá a sí mismo, y este morir a sí mismo, este domesticar sus miembros como tantas bestias salvajes, este ser impreso con la cruz, es la mortificación.

Jesucristo, entonces no ha dado ninguna ley nueva, cuando dijo que Él debía caer a la tierra y morir. Apenas enuncio una ley que nuestra experiencia ha verificado miles de veces, pero que aún no ha aprendido a aplicar a cada rincón del universo, y particularmente, a esos rincones de nuestra alma que tanto la necesitan.

El amor, sencillamente, debido a que inspira mortificación, es mirado como una tontería, desde el punto de vista del mundo. Nadie llegó a entender completamente a los amantes, sino los amantes mismos: ellos viven en un universo aparte; respiran otra atmosfera; hacen lo inesperado, lo irreal, lo irracional, “aun lo tonto”. *ESTA ES LA LEY DEL AMOR.*

Chesterton, el biógrafo de San Francisco de Asís, cuenta algo extraordinario: El joven Francisco Bernardome, fue citado por su padre que compareciera ante el Obispo de Asís, por haber derrochado su fortuna en los pobres. Francisco había vendido su propio caballo y también varios de los rollos de paño de la tienda de su padre, después de hacer sobre ellos un signo de la cruz para destinarlos a su destino caritativo. Su padre no entendió esta tontería y así fue como le dio a esto un curso legal delante

del Obispo. La respuesta de Francisco fue tan punzante como una lanza. “Hasta hoy” dijo a su padre, “yo me he llamado Hijo de Pedro Bernardome, pero ahora soy el siervo de Dios”. No solamente el dinero, sino todo lo que pueda llamarse suyo, yo le restituiré a mi padre, incluso toda prenda de vestir que él me haya dado. Y se desprendió de todas sus prendas, quedando solo con un cilicio. Los amontono en el suelo y arrojó el dinero sobre ellos. Así salió medio desnudo en su sayal por los bosques de invierno, recorriendo los campos helados en medio de árboles cubiertos de nieve, como un hombre sin padre.

Se hallaba sin un real, sin padres, a todas vistas sin un oficio, sin un plan y esperanza en el mundo, y sin embargo, mientras andaba por entre los árboles helados, de repente rompió a cantar. Él se ridiculizó a sí mismo. Era un hecho tan sólido como las piedras del camino. Se vio a sí mismo como un objeto tan diminuto y visible como una mosca volando contra un vidrio de una ventana, y esto sin duda constituía una tontería.

Y cuando él miró la palabra “tonto” escrita en letras luminosas delante de él, la misma palabra empezó a brillar. Él continuaría siendo un tonto; se volvería más y más un tonto; se volvería tan tonto, que devoraría ayuno en la misma medida que los hombres devoran alimento, y se sumergiría en la pobreza tan incesantemente como los hombres cavan en busca de oro; y flagelaría su carne tan intensamente como otros hombres la miman. En una palabra; vendría a ser el tonto de la corte del Rey del Paraíso. ¿Y ahora donde está nuestro padre Francisco? ¡En el cielo del corazón de Dios!

Si el amor es equivalente a sacrificio, y todo sacrificio es tonto desde el punto de vista del mundo, Cristo en la cruz es la suprema tontería. Desde el punto de vista del mundo, Jesús fue el más grande fracasado en la historia; en la medida como el mundo estima las cosas, Él sufrió la más grande derrota.

Primero que todo, Él no podía triunfar y conservar los amigos. Pedro, su apóstol principal, lo negó delante de una criada; Juan, que aprendió en su pecho, guarda silencio cuando el Maestro es acusado; Judas a quien Él llamó para ser uno de los jueces de las doce tribus de Israel, lo vende por treinta monedas de plata. En sus cuatro juicios, delante de los cuatro jueces, Él no pudo tener un solo testigo que testimoniara en Su favor. Él no pudo conservar sus amigos, ¿y no es esta, una de las pruebas de nuestro éxito en la vida?

Más aún, si Él era Dios, ¿Por qué no trato de ganar el favor de Pilato cuando dijo: No sabes que tengo el poder de liberarte? Pudo ganar su libertad congraciándose con el gobernador romano, y no lo hizo. ¡Locura! Grita el mundo.

Si Él es todopoderoso, ¿Por qué no derriba y mata a quienes lo flagelan y se mofan de el? ¡Locura! Exclama de nuevo el mundo.

Si Él pudo levantar hijos de Israel de los sepulcros, ¿Por qué no podía hacer surgir amigos en el momento del arresto? ¡Locura! Exclama el mundo.

Si con un milagro Él podía conseguir su libertad ante Herodes, ¿Por qué no obro uno? ¡Locura! Exclama a grito entero el mundo.

Si Él podía sostener al mundo entero sobre la palma de Su mano, ¿Por qué dejo que El mismo cayera bajo el peso de la cruz? ¡Locura! Exclama el mundo.

Si el toque mágico de Sus manos podía devolver la vista a los ciegos y el oído a los sordos, ¿Por qué permitió que duros clavos las perforaran? ¡Locura! Dice el mundo.

Si Él pudo probar su Divinidad bajando de la cruz, ¿Por qué no descendió de ella como Un Rey de su Trono? ¡Locura! Grita el mundo jubiloso.

Como demagogo, EL hubiera tenido éxito; como Dios fue crucificado. La cruz es una locura y Cristo un fracaso. De aquí que cada amante de Cristo y de Cristo crucificado debe compartir Su locura. La ley no es diferente para el Discípulo que para el maestro.

El mundo llama loco a todo aquel que abandona sus riquezas y sus amigos, su vino y su canto, para irse al convento, y cambia sus sedas y comodidades por el cilicio y la disciplina.

El mundo llama tonto a quien no golpea cuando es golpeado y que no calumnia cuando es calumniado; porque, ¿no es acaso locura divina, decir; “Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuelve también la otra”?.

El mundo llama tonto a quien sigue las así llamadas leyes viejas y anticuadas de la Iglesia sobre la santidad del matrimonio y rechaza los puntos de vista modernos que ensalzan el libertinaje y la lujuria.

El mundo tilda de tonto, a quien se cuelga de la cruz de la mortificación de los cinco sentidos, cuando pudiera estar abajo y hacer rodar los dados en compañía de los soldados para ganar los vestidos de un Dios.

Sin embargo, *la tontería de Dios es más sabia que los hombres, y la sabiduría de este mundo es tonta ante los ojos de Dios.*

Es solo desde el punto de vista del mundo que nosotros somos tontos como nuestro Maestro lo fue ante la corte de Herodes. En las palabras de San Pablo: *Somos tontos, por el bien de Dios.*

El sentido común nunca conduce a un hombre a la locura; se dice que el sentido común es cordura, y sin embargo nunca el sentido común escaló montañas y mucho menos se ha arrojado a los mares.

El sentido común no es violencia, y sin embargo el reino del cielo sufre violencia y el violento es quien lo arrebató.

El sentido común nunca quita a otro la vida, y sin embargo es perdiendo nuestra vida como la salvaremos. La vida a menudo puede salvarse poniéndose al borde de la muerte al saltar un precipicio, pero el sentido común nunca da el salto, y ni siquiera se atreve a tocar a la puerta del riesgo.

El soldado a veces tiene que abrirse paso para escapar de sus enemigos, pero no debe tener miedo a la muerte; y el sentido común nunca deja de temer a la muerte. El reino de los cielos solo puede ser ganado a veces sacándonos un ojo, pero el sentido común, nunca se lo arranca.

Es el sentido común el que hace morir a un hombre por el temor a la muerte. Es el amor el que hace que un hombre muera por el deseo de vivir. Como San Maximiliano Kolbe.

Y así también es el amor a Jesucristo y al Crucificado, lo que produce la sabiduría del cielo al costo de la tontería de la tierra; lo que hace que los hombres arrojen sus vidas para volver a tomarlas; lo que hace que los hombres vendan sus campos para conseguir la perla de gran precio; lo que hace que las criaturas firen el todo por el todo, se rían de la muerte, y digan con un Santo moderno: "No necesito resignación para morir, sino resignación para vivir".

Y con todo; esto, no significa que el Evangelio de Cristo sea un Evangelio del dolor.

El Cardenal Newman, hace la siguiente meditación: Decir que la vida está hecha para el placer y la felicidad, constituye una manera bien superficial de ver las cosas. Para aquellos que saben mirar por debajo de la superficie, la vida dice algo completamente diferente a como lo ve la mayoría. La doctrina de la Cruz lo que hace es enseñar, aunque de una manera más vigorosa, la mismísima lección que el mundo enseña a los que viven mucho en él, que tienen mucha experiencia sobre él, y que le conocen bien. El mundo es dulce a los labios, pero amargo al gusto. Agrada al principio, pero no al final. Parece hermoso al exterior, pero hay mal y miseria ocultos en él. Cuando un hombre ha paseado en él, determinado número de años, exclama con el Predicador, "Vanidad de vanidades, todo es vanidad".

El Evangelio nos impide ver superficialmente o encontrar un gozo transitorio en lo que vemos; pero a la vez nos impide nuestro gozo inmediato, solo con el fin de suministrarnos gran gozo posteriormente en la verdad y la plenitud. Solo nos prohíbe empezar con gozo. Solo nos advierte; si empiezan con placer, terminaran con dolor. Nos ordena empezar con la Cruz de Cristo, en la cual encontraremos al principio dolor, pero al rato la paz y el consuelo que levanta hasta la cima del gozo.

Solo son capaces de disfrutar este mundo, los que empiezan con el mundo que no se ve. Solo son capaces de gozar la belleza de la creación, los que se abstengan del mundo, y hayan aprendido a no abusar de él.

La mayor razón para que temamos la muerte, es que no nos preparamos nunca para ella. La mayoría de nosotros morimos una sola vez, cuando debiéramos haber muerto mil veces, cuando debiéramos haber muerto diariamente. La muerte es cosa terrible para aquel que muere solamente cuando muere; pero es hermosa, para aquel que muere antes de morir.

No hay otra manera de entrar a una vida superior, que muriendo a la inferior; no hay posibilidad de que el hombre disfrute de una existencia ennoblecida en Cristo, a menos que sea arrancado de la tierra.

La muerte, entonces, nunca viene como un ladrón en la noche, sino que somos nosotros los que la sorprendemos. "Morimos cada día, para tener éxito.

San Lorenzo de Brindis fue uno de tales optimistas: porque cuando era asado vivo en una parrilla, en testimonio de su Fe, dijo a sus verdugos con la frialdad de un amante loco de Cristo; "Voltéenme ahora, porque ya estoy asado por este lado".

Pero este optimismo puede poseer solo a los locos de Cristo, que arrojan el oro para cambiarlo por espinas, los palacios por cruces, la escarlata por los vestidos rojos del escarnio, y empiezan a vivir con un entusiasmo nuevo y enloquecedor en el Amante que se hizo un Tonto, para que nosotros pudiéramos hacernos Sabios.

TRASCENDENCIA DE LA VIDA

Toda vida que no es La Vida, debe luchar por su existencia, pues todas las cosas tienden hacia el equilibrio entre las fuerzas que construyen y las que destruyen. La vida continúa viviendo en el individuo mientras existe un balance en favor de la asimilación y en contra de la desasimilación.

Esto puesto en términos de la jerarquía de la creación significa que la vida continua mientras un reino más alto domina un reino más bajo.

La planta vive mientras domina el reino mineral, no como algo fuera de ella, sino como algo asimilado a ella; el animal vive mientras sus poderes dominan los reinos mineral y vegetal, y el cuerpo del hombre vive mientras domina la vida de estos reinos inferiores.

Aquí de nuevo tomamos un fenómeno de la vida muy comúnmente conocido por nosotros, y lo usamos como analogía para ilustrar una verdad suprema que nos ha sido revelada por Dios mismo.

Para hacerlo así, debemos pasar a un orden enteramente diferente, pero la analogía del orden natural continuara sirviendo como explicación.

Se ha dicho que la vida vive mientras un orden superior domine a un orden inferior. Ahora bien, el hombre no solamente tiene un cuerpo sino también un alma. Cada uno tiene su vida. La vida del cuerpo es el alma; la vida del alma es Cristo.

Mientras el alma domina al cuerpo, mientras el hombre sigue los dictados de la razón, el hombre vive una existencia moral de modo natural. Pero la

experiencia corrobora lo que enseña La Revelación, a saber; que el hombre no puede preservar toda la ley moral por un periodo largo de tiempo sin caer en pecado.

El hombre, por lo tanto, necesita ayuda de arriba, y ayuda que la naturaleza no puede suministrar, y esta vida más alta, que da la fuerza al alma, es la gracia. Ella nos hace Hijos de Dios, participes de la Naturaleza Divina, y herederos del cielo. La gracia es la vida de Cristo en el alma.

Hemos dicho anteriormente que el hombre vive en forma natural cuando la vida del alma domina la vida del cuerpo: aquí añadiremos que el hombre vive sobrenaturalmente mientras la vida de Cristo domine el alma y por ella a toda su naturaleza. Gracias a esta vida participada de Dios en el alma por medio de la gracia, el mismo cuerpo humano adquiere una dignidad nueva.

La Gracia, no es una mera abstracción teológica vacía de significado y sin ninguna utilidad. La Gracia, es la vida; la vida de Dios entre los hombres. No es algo que interrumpa inesperadamente la armonía del universo, sino más bien lo que perfecciona el universo en su expresión más alta que hay sobre la tierra, a saber, el hombre.

Un tratado sobre la gracia podría llamarse una “Biología Sobrenatural”, pues las leyes de la vida orgánica son débiles reflejos de las leyes de la vida de la gracia.

La misma noción de biogénesis, en cuanto a la ley de que, toda vida debe venir de una vida anterior, “no reencarnación” y que no puede ser generada espontáneamente; es una verdad natural que debiera preparar la mente para la verdad sobrenatural de que la vida humana nunca puede generar vida divina, sino que la Vida Divina debe ser un don.

Solo la vida puede dar vida, y solo la Vida, puede venir de la Vida. Es tan cierto para la biogénesis sobrenatural, como para la natural. La Vida de Dios que es la gracia, es un don puro de Dios al cual no tenemos ningún derecho. Fue dada gratuitamente al hombre en el primer Adán, y devuelta al hombre por los méritos del segundo Adán, Jesucristo.

Todo el orden de la creación, nos suministra una analogía de la cualidad “dada” de la gracia. Pues ninguna criatura puede afirmar que “se dio a sí misma” la vida.

Si una roca, digamos la roca de Gibraltar, de repente un día floreciera, sería algo que trascendería su naturaleza. Si una rosa un día se volviera consciente, y viera, y sintiera, y tocara, esto sería un acto sobrenatural, un acto completamente indebido a la naturaleza de la rosa como tal. Si un animal resultara razonando, y hablara palabras de sabiduría, esto sería un acto sobrenatural, porque no está en la naturaleza del animal el ser racional.

Así también, en aunque en un modo mucho más riguroso, si el hombre, que por naturaleza es una criatura de Dios, se vuelve un Hijo de Dios y miembro de la familia de la trinidad, y hermano de Jesucristo, este es un acto sobrenatural para el hombre, y un don que sobrepasa todas las exigencias y poderes de su naturaleza, aún más que el florecer de una piedra, la visión de una rosa, o el razonamiento de un animal.

La gracia hace al hombre más que una nueva criatura, e infinitamente más alto que su condición anterior, en comparación, a que si de pronto, un animal hablara con la sabiduría de Aristóteles.

No hay nada en toda la creación igual a ese don por el cual Dios llama al hombre su hijo, y el hombre llama a Dios su Padre. La diferencia que hay entre la mera vida humana convertida en deiforme por la gracia, no es de desarrollo, sino de generación. La fuente de la vida en ambos casos es tan diferente como la paternidad Divina y la paternidad humana. La distancia que separa algunos minerales del reino vegetal, puede ser solo el ancho de un cabello; pero la distancia que separa la vida humana y la vida Divina es infinita. Nadie puede pasar de aquí hasta allí.

Santo Tomas de Aquino nos dice: El menor don de la gracia, es más valioso que todas las cosas creadas. Todo el oro y las piedras preciosas; todas las mansiones de la tierra; la fuerza de los navíos; la belleza de las ciudades; el poder de las fuerzas armoniosas de la naturaleza; el progreso de la tecnología; todo esto, no es más que ruido de campanas y címbalos comparado al valor de la gracia infundida en el alma, en el momento de su incorporación a Cristo, en algún sacramento.

Las reuniones de la ONU, el mundial de Fútbol, los Juegos Olímpicos, los más grandes encuentros de Política, o comercio, los conciertos de Música, etc... Todo esto reunido, es de efímera importancia, en un mundo efímero; comparado con la reunión del alma y Cristo en el pozo del Bautismo.

El mundo, a los ojos de Dios, está dividido en dos clases: los hijos de los hombres y los hijos de Dios. Todos son llamados a ser hijos de Dios, pero no todos aceptan este don valioso, creyendo que si toman a Cristo en sus corazones, no podrán tener ninguna otra cosa además.

Es que olvidan que el todo contiene las partes, y que en la Vida perfecta, nosotros tenemos los goces de la vida finita en un grado infinito.

Una de las clases de hijos, son nacidos de acuerdo con la carne; la otra de acuerdo con el Espíritu. Lo nacido de la carne, es carne, pero lo que nace del Espíritu, es Espíritu. El nacer de la carne, nos incorpora a la vida de Adán; el nacer del Espíritu, “de las aguas del Espíritu Santo” nos incorpora a la Vida de Cristo. Los hijos de Dios son nacidos dos veces; los hijos de los hombres, solo una vez. El verdadero renacimiento está en los hijos de Dios que nacen otra vez, no entrando nuevamente al vientre de sus madres, “pues la carne de nada aprovecha”, sino naciendo de Dios y viniendo a ser por la gracia del Bautismo, Sus Hijos y Sus Herederos.

En su calidad de Hijos, los hijos de Dios son herederos del cielo; a su muerte pasan a su heredad. Los hijos de los hombres solo son herederos de riquezas que el orín consume, la polilla corroe y son robadas por los ladrones. Los hijos de Dios tienen dentro de sí mismos la semilla de gloria y felicidad eterna con la perfección misma, pero no ocurre lo mismo con los hijos de los hombres, ¿pues estos, ¿pues estos, que esperan?

El alma no poseída por la gracia, no tiene potencias en ella. San Juan en su primera epístola, 3, 1-2. Dice: Miren que amor nos ha tenido el Padre para llamarnos Hijos de Dios, pues ¡Lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no lo reconoció a Él. Queridos; ahora somos Hijos de Dios, y aun no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual Es.

Uno se sorprende al analizar porqué en un mundo tan dado a filosofía de la evolución, partiendo de las teorías de Darwin, no ve la gracia de Jesús como la respuesta a sus aspiraciones.

Una de las razones para que la evolución sea sostenida con tanto ahínco, es a causa de las promesas que esta tiene para el futuro; y con todo, todo lo que ella puede dar, aun en su forma más amplia, es el desdoblamiento de algo que está debajo del hombre.

Pero aquí, en la biología sobrenatural, está la promesa y la posibilidad de una gloria destinada para el hombre, que excede a su misma imaginación:

La posibilidad no de llegar a ser un superman, sino un Hijo de Dios. No hay ninguna posibilidad en todo el campo de la evolución comparable a las “Nuevas Creaturas” que emergen del sacramento del bautismo. La verdadera grandeza de la vida no es un empuje desde abajo, sino un don desde arriba; *Yo he venido para que ustedes tengan vida, y la tengan en abundancia.*

Cuando decimos que constituye progreso en la vida el vivir por la vida de Dios, no queremos decir que algún hombre, en forma natural o por sus propias facultades, sea capaz de merecer esa Vida en estricta justicia, o que pueda desarrollarse hasta ella tan naturalmente como la bellota se convierte en encina. La gracia y la gloria en el cielo están tan relacionados como la bellota y la encina, pero no lo están lo natural y lo sobrenatural.

Es absolutamente imposible a una criatura participar en la Vida Divina por su propio poder. La analogía que ya se ha ofrecido, y que señala el progreso gradual observado en las cosas creadas que van de una naturaleza inferior a una naturaleza superior, es apenas un ejemplo de que nuestra elevación no es ni irrazonable, ni insostenible, por una mente científica, y no una prueba de tal elevación.

No podemos convenir que así como los minerales y vegetales emergen a una vida más alta, por tanto el hombre también; solo podemos sugerir que si Dios eleva al hombre a una participación con la naturaleza Divina, El de ninguna modo destruye con esto la naturaleza humana, sino que la perfecciona. Lo más grande, nunca puede venir de lo menos grande, y este principio se aplica no solamente al orden sobrenatural, sino también al orden natural.

La vida en el término más amplio, continua viviendo mientras el orden más alto domine al orden más bajo, y cuando el alma vive por Cristo que es lo eterno, también vive eternamente. Nosotros somos inmortales en el orden natural porque Dios nunca olvida que nos hizo; somos inmortales, desde el punto de vista sobrenatural, porque vivimos por el Cristo Inmortal.

La muerte es precisamente lo inverso a esto, y puede definirse como la dominación de un orden inferior sobre uno más alto. La planta muere cuando el orden mineral la domina; un gas venenoso puede matar la

planta en el acto, o también la lenta desintegración de sus tejidos por medio de la absorción del orden mineral, trae inevitablemente la muerte.

El animal muere cuando un orden inferior, sea el animal o el vegetal, lo domina, ya exclusivamente o combinados los dos órdenes.

Generalmente es la lenta oxidación del organismo lo que trae su muerte. El mismo alimento que comemos, y el aire que respiramos, traen consigo no solamente la vida, sino también la muerte. Los productos de desecho de los alimentos envenenan paulatinamente el sistema y el mismo acto de la nutrición termina por destruir lenta pero seguramente los tejidos y los órganos, hasta que al final sucumben y se arruinan.

Pero el hombre no tiene solamente un cuerpo sino también un alma. Tanto el cuerpo como el alma tienen sus vidas; la vida del cuerpo es el alma y la vida del alma es Cristo. Ahora bien, ¿Cuándo muere el alma? Muere cuando un orden inferior lo domina. ¿Y cuál es ese orden inferior? “Es el cuerpo”.

Cuando el cuerpo domina el alma, cuando la materia domina al espíritu, cuando aquello que es bajo domina lo que es elevado, cuando lo que es vicioso domina lo que es virtuoso; cuando lo más bajo domina lo más alto; entonces el alma muere, y es aquí, en el orden moral, donde la muerte se llama “pecado”.

Es por esto por lo que las Escrituras Sagradas usan indistintamente los términos pecado y muerte. *Porque la ley de la carne es muerte.* El estipendio y paga del pecado es la muerte del espíritu. Por lo tanto, un hombre puede estar viviendo, aunque está muerto; puede estar viviendo físicamente, pero hallarse muerto espiritualmente.

Y fue esta idea de la vida más alta de Dios, que el Apóstol San Pablo tuvo en la mente cuando hablo de aquellos que se llaman vivos pero que en realidad están muertos.

Podemos hacer la representación de los servicios funerales de un hombre que vivió en unión sacramental y mística con Cristo durante su vida. Su cuerpo está muerto, sin duda; pero su alma vive, no solamente con la inmortalidad natural que posee, sino con la Vida de Dios. Y su poniendo que uno de los cargueros que están a su lado se halla en estado de pecado. A los ojos de Dios hay más muerte en el carguero que en el

cadáver. Es este el que realmente está muerto. Y si nosotros fuéramos verdaderamente espirituales, lloraríamos sobre él y cantaríamos un Réquiem sobre su alma, en vez de hacerlo sobre el desaparecido.

La verdadera muerte no es la muerte del cuerpo, sino la muerte del alma: “No teman a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma, teman más bien al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno”.

El pecado no es, entonces, un membrete arbitrario colgado por la Iglesia a nuestras acciones. “El pecado es una muerte”. Y en un sentido mucho más amplio podemos decir que la planta “peca” cuando entrega su vida superior a un orden inferior; podemos decir que el animal “peca” al permitir que su vida sea dominada por el orden vegetal o el orden animal. Cuando llegamos al hombre, el pecado adquiere un aspecto doble: es la pérdida de una vida superior que es un don de Dios, y la dominación ejercida por una vida inferior que es la de este mundo percedero.

El pecado, en el sentido más amplio de la palabra, implica; un volver la espalda a Dios y dirigimos a las criaturas. Su más grande mal está en que constituye la muerte de la Vida Divina que se halla en nosotros.

Un gigante poderosísimo que pudiera aplastar el sol y extinguir su luz, no llegaría a hacerse culpable de un crimen tan grande como el hombre que extingue ya en su alma, ya en el alma de su prójimo, la misma Vida de Dios. Matar la vida del cuerpo no es nada, comparado con matar la vida del alma, y es por esto por lo que el pecado es la repetición de la Crucifixión. Nunca cae el telón en el drama del calvario, porque la crucifixión no es un mero evento histórico; es también un drama continuo, pues los pecadores “Crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen al escarnio”.

Nosotros sometemos a juicio a Cristo como lo hizo Pilato, y le Crucificamos tan realmente como los verdugos. Nuestra conciencia es la sala de audiencias de Pilato, y diariamente son traídos ante nosotros Barrabas y Cristo. Barrabas comparece representando el vicio, el asesinato, la blasfemia; Cristo viene como la virtud, el amor, la pureza. ¿A cuál de los dos libertaremos? Cada vez que escogemos cometer un pecado mortal, estamos diciendo: ¡Suelta a Barrabas! y para Cristo: ¡Crucifícalo! La voluntad de pecar es el juicio, y su ejecución es la crucifixión. También nosotros, como Judas, vendemos al Maestro, y a menudo, por mucho

menos de treinta monedas de plata. Traicionamos con un beso, pues siempre es con una muestra de afecto como negamos. Clavamos las Manos que están extendidas para bendecir; perforamos con hierro los pies que nos buscan en los caminos descarriados; taladramos con la lanza al Corazón que jadea tras de nosotros como el venado tras de la fuente. Y cuando la Crucifixión se ha consumado, cuando se halla clavado el último clavo y el Rey de Reyes asegurado al patíbulo de contradicción, nuestra conciencia empieza a temblar como lo hizo la tierra en la primera crucifixión. Empezamos a entristecernos y a temer que tal vez Aquel que pensamos era solo el hijo de un carpintero, sea quizás, después de todo, el mismo Hijo de Dios.

Y nos debatimos con nosotros mismos diciendo si debemos buscar arrepentimiento. *Mientras estemos en esta vida, son posibles los cambios de Corazón. Dios ofrece la gracia del arrepentimiento. Pero después de la muerte, cuando no hay cambio, sino un eterno presente, todo cambio de Corazón, es imposible.*

¿Por qué El no corre tras nosotros? ¿Por qué no nos persigue? ¡Ah, olvidamos! ¿Cómo pueden bendecir las manos que están clavadas? ¿Cómo pueden buscar almas que están perdidas, los pies que se hallan asegurados? ¿Cómo pueden los labios que han sido quemados y resecos, hablar palabras de perdón?

Si queremos deshacer la Crucifixión –y la podemos hacer- esto solo lo conseguimos trabajando mientras tengamos la luz, encaminando nuestros pasos de regreso a los tres tipos de almas que algún día estuvieron debajo de la cruz. María la Madre de Jesús, María Magdalena y el Apóstol Juan; Inocencia, Penitencia, y Sacerdocio. ¡Pero es tan duro volver a esa escena de la Crucifixión! ¡Es tan lesivo a nuestro orgullo! ¡Es tan humillante! ¡Si, pero es mucho más humillante colgar en ella!

La Redención viene por medio de la humillación. Cristo viene a nosotros humillándose El mismo. “Se humillo a si mismo haciéndose obediente hasta la muerte; y muerte de Cruz” y es por medio de la humillación como debemos regresar a Él. Le encontramos a Él al final de su vida cargando una cruz y Él nos pide que la carguemos también, y esto es una humillación. Pero: “quien se humilla, será ensalzado”.

Y si rehusamos la humillación que trae el sacramento de la penitencia, no escapamos a la muerte; esta misericordia apenas la digerimos hasta llegar al juicio.

¿Qué es el juicio? El Juicio puede considerarse tanto desde el punto de vista de Dios, como desde el punto de vista de nosotros.

Desde el punto de vista de Dios el juicio es un reconocimiento. Aparecen dos almas a la vista de Dios en el instante después de su muerte. Una en estado de gracia, la otra no. El Juez mira al alma en estado de gracia. Ve allí una semejanza a Su naturaleza, pues la gracia es la participación en la Naturaleza Divina. Así como la Madre reconoce a su hijo por el parecido a su naturaleza, así también Dios conoce a Sus Hijos por la semejanza de naturaleza. Si estos han Nacido de Él, El los reconocerá. Y viendo en esa alma su semejanza, el Juez soberano, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, le dice: “Ven bendito de mi Padre” Yo te enseñare a orar, diciendo, “Padre Nuestro”. Yo Soy el Hijo Natural; tú el hijo adoptivo. Ven al Reino que he preparado para ti desde toda la eternidad. La otra alma, como no posee los rasgos y parecido a la Trinidad, obtiene un recibimiento del Juez completamente diferente. De igual modo que una Madre sabe que el hijo de su vecina no es el suyo, porque no tiene la participación de su naturaleza, así también Jesucristo, viendo que en esa alma no hay participación de su Naturaleza, “además huele a Satanás” solo puede pronunciar esas palabras que significan que no la reconoce: “No te conozco”. ¡Y es cosa terrible no ser conocido por Dios! Tal es el Juicio desde el punto de vista Divino.

Desde el punto de vista Humano, también es un reconocimiento; pero es un reconocimiento de aptitud o ineptitud.

Me anuncian que a mi puerta está un distinguido visitante, pero yo me encuentro en ropa de trabajo y mis manos y mi cara están sucias. No estoy en condiciones de presentarme delante de un personaje tan insigne y me niego a verlo hasta que cambie mi presentación. El alma manchada de pecado actúa en forma muy semejante cuando va ante el asiento del Juez Divino. Ve por una parte; su Majestad, Su pureza, Su brillantez: y en la otra; su propia bajeza, sus pecados, su indignidad. Ella no ruega ni discute, ni pide apelación: le basta con ver; y allá, de sus profundidades, emerge su propio juicio, “Oh, Señor, yo no soy digna”. El alma que esta manchada de pecados veniales, se arroja al purgatorio para lavar su túnica bautismal;

pero el alma manchada irremediablemente, el alma muerta por el pecado mortal a la Vida Divina, se arroja al Infierno en forma tan natural, como una piedra cuando la suelto de mi mano, y cae al suelo.

¡Se arroja al Infierno! ¿Pero acaso hay un infierno? Ya el mundo moderno no cree en él. Es un hecho que muchos “de nuestros profetas de hoy” niegan el Infierno, y esto nos hace preguntar la razón de su negativa. La razón probablemente sea psicológica.

Existen dos orientaciones posibles a un hombre. O el adapta su vida a Dogmas, o debe adaptar dogmas para su vida. “Si no vivimos como pensamos, pronto empezamos a pensar cómo vivimos”. Si nuestra vida no se encuentra regulada de acuerdo con el Evangelio, entonces el pensamiento del Infierno es una clase de pensamiento muy incómoda, y para dar tranquilidad a mi conciencia debo negarlo.

Debo acomodar un dogma a mi modo de vivir. Y esta verdad la obtenemos de la experiencia. Algunos creen en el infierno, lo temen y evitan el pecado. Otros aman el pecado, niegan el infierno, pero con todo; lo temen siempre.

Pero concediendo que tal sea la razón para su negación, estos mismos profetas preguntaran; ¿cómo sabemos que hay un infierno? Muy claro; porque Jesucristo dijo que había. O hay un infierno, o la Verdad Infinita es una embustera. No puedo aceptar la segunda proposición, y entonces debo aceptar la primera. Al hacerlo así, no violento la libertad de mi razón.

Que hay un infierno lo veo claramente por una aplicación muy evidente de una de las leyes de la física: para cada acción, hay una reacción siempre contraria e igual. Si yo estiro una cinta elástica tres pulgadas o seis pulgadas, la cinta reaccionara con igual fuerza, ya a las tres, ya a las seis pulgadas.

Ahora bien, el pecado esta en acción. Está en acción contra un orden, y por esa razón está provocando una contra ordenación. Hay tres órdenes contra los cuales uno puede actuar al pecar; primero, el orden de la conciencia individual; segundo, el orden de la unión de conciencias, o estado; y tercero, la fuente de ambos, Dios.

Si peco contra el primer orden, o sea mi conciencia, opera una reacción que es el remordimiento de conciencia, y que en hombres normales varía

con la gravedad del pecado cometido. Si pecco contra el segundo orden, o el estado, se presenta una reacción en forma de una multa, o de un encarcelamiento, o de la muerte. Y el castigo nunca se tasa de acuerdo con el periodo de tiempo que se gasta para cometer el crimen, sino de acuerdo a la naturaleza del crimen mismo. Puede suceder que no tome al delincuente para cometer el crimen más que un segundo, y sin embargo el estado le quite la vida por ese crimen. Por último, si pecco contra el tercer orden, o sea la fuente de los dos anteriores, y lo hago si actúo contra cualquiera de los órdenes, estoy actuando contra algo infinito. Pero para cada acción existe una reacción siempre contraria e igual. Habrá, por tanto, una reacción infinita, y una reacción infinita de Dios es una separación infinita de Él; y una separación infinita de Dios, que es la vida, la verdad, y el amor, es el Infierno.

¿Por qué iba yo a negar que Dios permite que el alma sea visitada de inquietudes que ella misma atrajo, si la misma naturaleza así lo testifica? Las prisiones, los asilos y los hospitales son cortes de justicia donde la naturaleza está arreglando sus cuentas con el pecado. Hay un juez juzgando allí, donde no se ve un juez visible.

El cielo y el infierno no son ideas posteriores en el Plan Divino actual. No fue por un segundo acto de su Voluntad y Omnipotencia como Dios creo el cielo y el infierno para premiar y castigar a aquellos que vivieran o no, de acuerdo a su Ley Divina. No son meros decretos arbitrarios para remendar el plan original trastornado por el pecado. Es que no puede haber ley sin sanción, y la sanción es una con la ley, tanto, que están ligadas entre sí, como el efecto y la causa.

¿Cuál sería la consecuencia si no hubiera infierno en el orden presente de salvación? Ello significaría que cualquier mal que hiciéramos, sin consideración de su duración, o del odio que pusiéramos en él, ¿Dios de todas maneras sería indiferente con nuestros actos?, lo cual equivaldría a que la ley es igual a la falta de la ley.

¿Y entonces cual sería la razón de la encarnación del Hijo de Dios? Vino a salvarnos de ¿Qué...? La razón humana, sin la ayuda de la Revelación Divina posiblemente nunca probaría la existencia del castigo eterno. La razón sugiere, sin embargo, la necesidad de una sanción eterna para el bien y para el mal.

Todos nuestros malentendidos con respecto al Cielo y al Infierno se fundan en nuestra incapacidad de ver como se hallan ellos ligados necesariamente con nuestros actos en el orden moral.

Hay muchos que consideran el cielo como un premio arbitrario, o también al infierno como un injusto castigo. Pero la verdad es que el cielo en la presente constitución del mundo de Dios, no es simplemente un premio, sino que es en cierto sentido un “Derecho de Fe”, el derecho de los herederos, porque al ser bautizados somos sumergidos en la familia divina y por lo tanto somos herederos del reino de los Cielos en virtud del don de la Adopción Divina realizada en Cristo Jesús, y aceptada por nosotros a través de la Fe. Por el contrario; tampoco el infierno es como una represalia Divina. Si pierdo mis ojos, quedo ciego necesariamente, y si me revelo contra Dios, y rechazo su perdón, y muero en pecado, debo sufrir el infierno como consecuencia. Así que no es Dios quien me “hecha” en el infierno, es la voluntad mía que no quiso el cielo. De modo que hay equidad en la ley humana y por lo tanto, también hay equidad en la ley Divina.

El cielo y el infierno son los resultados naturales e inseparables de los actos buenos o malos en el orden sobrenatural. Esta vida es el tiempo de la siembra; el juicio será el tiempo de la cosecha. Así, El gran San Pablo, dice: Porque lo que un hombre siembre, eso cosechara. Pues si ha sembrado en su carne, de la carne también cosechara corrupción. Pero si ha sembrado en el espíritu, cosechara vida perdurable.

¿Por qué van las almas al infierno? En último análisis, las almas van al infierno por una gran razón, y es que; ellas se niegan a amar. El amor perdona todo, excepto una cosa: el negarse a amar.

Un joven ama a una Virgen. Le hace saber su afecto hacia ella, le prodiga regalos, derrama sobre ella más de las galanterías ordinarias de la vida, y sin embargo su amor es rechazado.

Manteniendo puro este amor, él se empeña, pero en vano; ella presta oídos sordos a sus suplicas. El amor así rechazado por tanto tiempo y despreciado, de repente alcanza un punto cuando exclamara; “Esta bien, no puede haber más amor, ya estoy cansado; hemos terminado”. Ha llegado el punto del abandono.

Dios es el Amante Divino. En su calidad de cazador del Cielo se halla en continua persecución de las almas, remontándose hasta la eternidad sin edades. Él nos ama con un Amor Eterno. Cuando empieza el tiempo para un alma individual, Él le da las riquezas de la naturaleza, lo atrae a Si para que sea un Hijo Adoptivo, lo alimenta con su Propia Sangre y lo hace el Heredero del Cielo.

Pero esa alma olvidara esa bondad, y sin embargo Dios no olvidara el amor. Persigue al alma, le envía descontento en lo más profundo de ella para atraerla de nuevo a Él, se interpone deliberadamente en sus caminos para manifestar su presencia, le envía embajadores, la mimra con gracias medicinales, y todavía el Divino Amor sigue siendo despreciado. Ya cuando ha sido rechazado más de setenta veces siete, el Amor Divino abandona la persecución de esa alma que al final de su tiempo le vuelve la espalda, y exclama; "Esto ha terminado, el Amor no puede más". ¡Y es cosa bien terrible no ser amado por Dios! ¡Por el Dios que es Amor!

Este es el infierno. El infierno es un lugar donde no hay amor.

Y se podrá preguntar: ¿Cómo puede el que es bondad infinita, aquel que vino a la tierra a perdonar a los pecadores, el que hizo levantar a la Magdalena y miro bondadosamente a Pedro, como puede aquel que es "el Amor mismo" enviar las almas al infierno? *Oh contestadme esta pregunta: ¿Cómo el sol que tan tiernamente calienta, puede también marchitar; como la lluvia que nutre tan tiernamente, puede también hacer podrir?*

HIMNO DE LA VIDA

El universo muestra la verdad profunda de que todas las cosas, desde el grano de arena en el fondo del mar, hasta los Ángeles; están cantando un hermoso himno de la vida al Creador. Este himno tiene muchos versos, cada uno más hermoso que el anterior, y todos dirigidos en un clímax hacia el hombre en el orden natural y hacia Cristo en el orden sobrenatural. Toda la vida se muestra como un proceso de unificación. Conseguir la unidad de la multiplicidad; la homogeneidad de la heterogeneidad; lo semejante de lo diferente; lo permanente de lo pasajero. Este es el movimiento fundamental de la vida.

Este mundo sería como un rompecabezas gigantesco si no hubiera fuerzas que juntaran las piezas. Un mosaico es ininteligible si lo vemos solo en sus detalles, pero adquiere nueva belleza cuando lo vemos en su unidad. Por ej.; el juego del Ajedrez, no se puede valorar adecuadamente solo fijándonos en los caballos, es necesario que lo concibamos de una forma integral teniendo sus 16 piezas empezando por el Rey... Así la vida es bella solo cuando esta reducida a la unidad.

La planta unifica a los minerales; el animal unifica a las plantas y a los minerales; el hombre unifica a los tres anteriores. El mineral encuentra que su existencia se perfecciona en la planta, la planta encuentra su perfección en el animal, y el animal encuentra que su existencia se perfecciona en el hombre. Estas cosas, que están separadas en el reino inferior se unifican en el superior. El reino que está por encima, subsiste por medio del que está debajo, y el que está debajo existe para servir al que está arriba. De la misma forma que los empleados sirven al jefe, así, en la jerarquía de la creación, el mineral sirve a la planta, la planta sirve al animal, y todos los tres sirven al hombre. Cada uno existe para el otro y todos existen para el hombre.

El Hombre, que es el “modelo de los animales”, combina las perfecciones de todos ellos. Él tiene la existencia de la piedra, la vida de la planta, la conciencia del animal, y también su propia y peculiar perfección, que es el intelecto y la voluntad. El polvo cósmico y mineral, las plantas, y los animales gradualmente se unifican en el hombre. Así, el universo es como una pirámide en la cual encontramos como base la materia mineral o química y como cima o recapitulación de todo, “El Hombre”.

Todas las cosas señalan al hombre y parecen tender hacia él, pero no por casualidad o accidente. Todo tiende hacia él, porque todo ha sido hecho para él.

¿Pero porque todo el universo ha de buscar al hombre, y ha de ser su pedestal? ¿Por qué razón el domina todo lo que ve? El hombre gobierna el universo en virtud de un Don Divino. A él le fue dada la Carta Magna sobre la Creación en el huerto del paraíso cuando Dios le dijo; “Crezcan y multiplíquense, llenen la tierra y domínenla, gobiernen sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Les he dado todas las hierbas, las cuales producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles, los cuales tienen en sí mismos la semilla

de su especie, para que les sirvan de alimento a ustedes, y a todos los animales de la tierra, a fin de que tengan que comer”.

Fue la conciencia de su dominio sobre el universo, lo que movió a David el profeta a exclamar: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el hijo de Adán, para que de Él tú cuides? Apenas inferior a un dios lo hiciste, coronándolo de gloria y esplendor; Señor lo hiciste de las obras de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies: ovejas y bueyes, juntos, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar que circulan las sendas de los mares.

¡Oh Yahvé, Señor nuestro, que glorioso es tu nombre en toda la tierra!

No es debido a que el hombre sea más poderoso que los minerales y los animales, por lo que puede dominarlos y gobernarlos; es un hecho que no es más poderoso. El rayo o un Toro puede matarlo: pero el hombre sabe que va a ser matado. Es por “la trascendencia con respecto a todas las cosas” que el hombre reina sobre todas y cada una de esos elementos que existen en el tiempo y el espacio.

En otras palabras; es gracias al mandato Divino dado a su alma inmortal, por lo que el hombre ejerce dominio sobre toda la creación. Es por derecho y no por poder. Él tiene una clase de vida más alta, y de aquí que pueda subyugar todas las cosas a su voluntad. ¡El mundo es Suyo!

“Nada ha llegado tan alto que el hombre no lo haya tomado como presa; sus ojos traen a la tierra las más altas estrellas; él tiene en pequeño todas las esferas; las hierbas curan nuestra carne porque hallan su destino en esto, las estrellas vigilan nuestro sueño y la noche corre el velo que el sol descubre; la música y la luz, ayudan nuestra mente; todas las cosas son buenas para servir en nuestra carne y ascienden a nuestra mente para ser causa. Toda cosa está llena de deberes; las aguas son nuestro medio de navegación; los caballos nuestros esclavos, mejor dicho: al hombre sirven más siervos de los que puede contar. las legumbres comida, las uvas bebida; todas sirven a nuestro bien. ¿Tiene uno esa belleza? ¡Y pensar como son de buenas las cosas!”. George Herbert

Para el hombre, el dominio de la naturaleza ha sido un proceso lento. Se ha vuelto particularmente rápido en los dos últimos siglos. En efecto, ha habido más progreso mecánico en los últimos doscientos años que todo el

que hubo hasta entonces en toda la historia del mundo, y ha habido entre las masas probablemente menos progreso espiritual en este periodo que en cualquier otro tiempo, pues la prosperidad necesariamente no implica progreso en las sendas de Dios. El progreso mecánico es un signo de mundanidad, así como el progreso espiritual es un signo de alejamiento del mundo.

Pero cualquiera que sea la opinión que tengamos sobre este punto, el hecho es que el hombre está sometiendo el universo cada vez más y poniendo todas las cosas bajo su domicilio.

Los océanos son atravesados en todos los sentidos con diversidad de barcos, buques, y submarinos que estudian sus corrientes; se recorren los cielos y se mide el curso de nuevas estrellas cada vez más distanciadas, con sondas espaciales, cohetes y satélites; se aprisiona la energía para que lleve nuestros pensamientos de un continente a otro, por eso se pueden hacer presentaciones espectaculares en el cine, en la televisión, en la radio, y en las modernas redes de internet, donde, desde una pequeña pantalla se tiene contacto con el mundo entero y con el espacio exterior; el aire también es conquistado cada día cuando es atravesado por aviones y helicópteros... Algunas fuerzas de la naturaleza, que por tanto tiempo parecían fuera del control del hombre, ahora son unificadas, acondicionadas y dirigidas para sus propios propósitos... Por ej.; el petróleo, el gas, la energía, los medios comunicación, etc...

Y lo lastimoso de todo esto es que un mundo ingrato, que olvida que Dios cuchicheo estos secretos escondidos al hombre, exclama: "¡He aquí un conflicto entre la fe y la religión!" ¿Cómo puede haber conflicto si Dios es la fuente de ambas? ¿Cómo puede ser la ciencia un enemigo de la religión cuando Dios ordeno al hombre que fuera un científico, el día en que le dijo que gobernara la tierra y la sometiera a su voluntad?

La verdad es que el hombre alabo a mas a Dios por la naturaleza antes de la edad de los descubrimientos científicos. Ahora glorifica más el ingenio del hombre que la bondad de Dios.

Es un hecho que el hombre es el rey del universo visible y todas las cosas fueron creadas para él. "Todas son vuestras".

¿Pero cuál era el plan de Dios al crear todas las cosas para el hombre? Ciertamente que no fue para que ejerciera mera dominación egoísta, pues

esto hubiera constituido una deformidad en el plan de Dios. Dios dio al hombre toda la creación visible a condición que ejerciera en el hombre de toda la creación, un triple oficio sagrado: el del *SACERDOCIO, PROFETA, Y REY*.

Es Sacerdote, porque da a Dios todas las cosas sagradas que una criatura puede dar a un creador; es Profeta, porque sirve de puente entre lo finito y lo infinito; es Rey, porque es el amo y Señor de toda la creación visible.

Todas las cosas fueron creadas por Dios, pero no todas las cosas pueden hablar.

El mineral oculto en las entrañas de la tierra no tiene lengua; la planta no tiene otra voz que sus flores; el animal no tiene otro lenguaje que sus gritos. Y como todos son mudos, necesitan quien hable por ellos a Dios.

Sus voces se podrían quedar a las puertas de las mansiones eternas si el hombre no tradujera sus sonidos a su propio lenguaje, y les diera el sello de su inteligencia y su amor.

¿Qué gozo recibe un conquistador de los placidos valles que él ha conquistado, a menos que oiga un “Viva” en su honor, gritados por miles de gargantas? ¿Qué gozo recibiría Dios, humanamente hablando, de los minerales, las plantas y los animales, a menos que haya un acto inteligente de gratitud?

De aquí que Dios haya dado al hombre el poder de unificar todas las cosas consigo por medio de su intelecto, con el fin de que pudieran ser hombres que hablaran en el mundo; para que pudiera conocer el mundo, admirarlo, hablar por el mundo, adorar por el mundo, dar gracias por el mundo, orar por el mundo y como los tres jóvenes en el horno ardiente, cante un canto de acción de Gracias al Creador del mundo.

Si los minerales pudieran hablar, darían gracias a Dios por su existencia; si las plantas pudieran hablar, darían gracias a Dios por su vida; si los animales pudieran hablar, darían gracias a Dios por su perceptibilidad; pero el hombre puede hablar, y en nombre de todas estas cosas que están por debajo de él, debe dar Gracias Dios. Tal es el noble oficio del hombre, el portavoz de la creación. ¡Tal es su elevado destino!

El universo es un sacramento. Un sacramento en el sentido estricto del término, es un signo material usado como medio de conferir la gracia, y que fue instituido por Cristo. En el sentido amplio de la palabra, todo lo que hay en el mundo es un sacramento por cuanto es una cosa material usada como medio espiritual de santificación. Toda cosa es y debiera ser un peldaño hacia Dios: los crepúsculos debieran ser los medios de recordarnos la belleza de Dios, así como un copo de nieve debiera recordarnos la pureza de Dios. Las flores, los pájaros, las bestias, los hombres, las mujeres, los niños, la belleza, el amor, la verdad, todas estas posesiones temporales no son un fin en sí mismas, solo son medios hacia un fin.

El mundo temporal es un plantío para el mundo eterno, y las mansiones de esta tierra son imágenes de las mansiones celestiales del Padre. El mundo es apenas un andamio que las almas escalan hacia el reino de los cielos, y cuando la última de las almas haya subido, este andamio será derribado y quemado con gran fuego, no porque sea bajo, sino sencillamente porque ya habrá cumplido su obra.

El hombre por tanto, en parte trabaja por su salvación *sacramentalizando el universo*; el hombre peca al rehusar sacramentalizarlo, o, en otras palabras, al usar las criaturas como fines egoístas en vez de usarlas como medio hacia Dios.

El Maniqueísmo “del que hablábamos antes” está equivocado, porque considera la materia como “un mal” en lugar de un “sacramento”. El Epicureísmo está equivocado porque considera a “los placeres” como un Dios, en lugar de considerarlos como medios hacia Dios.

Cuando el hombre sacramentaliza el universo lo ennoblece, porque le da una especie de transparencia que permite la visión de lo espiritual que hay detrás de lo material.

Los Poetas son maestros en sacramentalizar la creación, pues nunca toman nada solamente como una expresión material. Los Santos sobrepasan a los poetas en este don, porque los Santos ven a Dios en todo, o mejor, ven a Dios a través de todo. Los pobres, los cojos, los ciegos que son para ellos tan transparentes como el vidrio de una ventana; son revelaciones de Cristo: “Estuve enfermo, preso, y me visitaron”.

¿Por qué había el hombre de estar ligado al oficio de tratar con Dios? ¿Por qué no podía ser independiente de Dios? El hombre no podía ser independiente de Dios por la misma razón que un rayo de luz no puede ser independiente del sol. La independencia absoluta del rayo de luz significaría su destrucción, pues solo en su dependencia del sol esta su supervivencia. Así mismo acontece con el hombre en relación con Dios.

Aclaremos lo anterior con un ejemplo: Si yo inventara alguna gran máquina que estuviera destinada no solo a acortar el trabajo humano, sino a añadir gran beneficio material a la humanidad, el gobierno me daría derechos de patente sobre dicha invención. Los derechos me harían poseedor de todos los beneficios de mi invención y me protegerían contra cualquier usurpación ilegal por parte de otros. Ahora bien, nosotros somos invención de Dios. Por ser invención suya, Él tiene “derechos” sobre nosotros, lo que quiere decir que Él está en la facultad de servirse de nuestro intelecto y voluntad, y es este servicio lo que constituye la verdadera perfección y libertad del hombre y los fundamentos de toda religión.

En otras palabras, Dios tiene derecho a nuestra adoración por la misma razón que todo autor tiene derecho a una regalía sobre su libro, sobre su máquina, o sobre su empresa: porque es su creación.

Si toda la creación visible se unifica por medio del hombre, ¿no habría de existir alguien que unificara a todos los hombres en hermandad bajo un Padre común? Si el hombre es el Rey de toda la creación visible, ¿no habría el hombre de tener un Rey? Si el hombre es el amo y señor de todo lo que está bajo su mirada, y si todo lo que no tiene su perfección en sí mismo, encuentra su perfección en una vida más alta, ¿no es natural que el hombre tenga un Amo y Señor y Rey, en quien encuentre su perfección?

Toda la creación pertenece al hombre por concesión divina, y todos los hombres pertenecen a Jesucristo por una doble razón:

Primera; porque Él es el Rey por Derecho Divino, nacido del Padre eterno: “El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en su mano”. Él está sobre todo principado, potestad, virtud, dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no solo en este siglo, sino también en el futuro. Dios Padre ha puesto todas las cosas bajo los pies de su Hijo, pues es en su Hijo Unigénito en quien Dios ha resuelto *restablecer todas las cosas*. En otras

palabras, “recoger juntas todas las cosas bajo Cristo, como bajo una sola cabeza”.

Pero Cristo es nuestro Rey por una segunda razón: y esta es, porque Él nos ha rescatado del pecado. Hubo cuatro elementos que contribuyeron a nuestra caída; un hombre desobediente, Adán; una mujer orgullosa, Eva; un árbol, y el fruto de un árbol. Ahora, solo Dios en Su Dulce venganza puede usar estos instrumentos de ruina como instrumentos de reparación, y en su Sabiduría Suprema El escogió los mismos cuatro: un hombre obediente, Jesús; una virgen humilde, María; un árbol, la Cruz; el fruto del árbol, Cristo en la eucaristía.

Nosotros somos de Cristo porque este Rey poderoso –Rey no solo por Nacimiento Eterno y Divino, sino también por conquista- nos ganó a nosotros para Sí mismo en la batalla del Calvario, el sitio donde tuvo lugar la única y verdadera lucha por la existencia.

No fue una lucha; fue más, fue una batalla; una batalla que no se libró con acero disparado, sino con sangre derramada; una batalla que no se libró con cinco piedras, como libro David su batalla con Goliat, sino con cinco heridas, las cicatrices sobre sus manos, pies y costado; una batalla en la cual la armadura no fue de acero reluciente al sol de mediodía, sino carne colgando como harapos de purpura bajo un cielo cubierto de tinieblas; una batalla cuyo grito no fue el ¡Crucifícalo y Mátalo! Sino, el “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”; una batalla que no se ganó ahorrando una Vida, sino dándola. Una extraña batalla en la cual, “Aquel a quien hirieron los enemigos, perdieron su día”. La Cruz es el Trono del Rey de Reyes; su sangre es su Purpura real; su crucifixión es Su instalación. Y El, ¡el Rey de Reyes, reina desde el signo de la contradicción!

Así como toda la creación gira alrededor del hombre, así también el hombre gira alrededor de Jesucristo. El hombre es el eje en torno al cual todo el orden de la naturaleza se mueve; Jesucristo es el eje en torno al cual se mueven todas las cosas sobrenaturales.

Este es el punto al cual debemos siempre acudir, pues sin Cristo, este mundo nuestro pierde su inteligibilidad y significado.

El mundo sigue cavando vanamente en la tierra para buscar el Eslabón perdido, cuando debiera más bien cavar el suelo del Calvario. Sí, debemos buscar el Eslabón; pero no el eslabón que nos ata a la Nueva Era,

sino el eslabón que nos ata a Dios. Nuestro árbol familiar no parece más hermoso porque haya guimaldas y duendes colgando en él. El verdadero árbol de familia, es el Árbol de toda la familia humana – la Cruz- y Jesucristo es el eslabón, porque solo Él nos une con Dios. El hombre es finito; Dios es infinito. Nada finito puede ser el puente entre los dos. En caso de que Dios exija una satisfacción proporcionada al pecado –pues lo finito no tiene nada de común con lo infinito- nada infinito puede ser el puente colgante, porque no tiene nada en común con lo finito. El eslabón debe ser algo finito e infinito, y esto es Jesucristo.

Nuestro Señor es; finito en su naturaleza humana e infinito en su naturaleza Divina, y uno en la Unidad de Su Persona.

Hoy hay cientos de teorías que intentan dar cuenta del origen del hombre y el secreto de la fuerza que le da dignidad y supremacía sobre la creación inferior. Todas ellas, en último término, se pueden reducir a dos.

La primera, hace consistir la dignidad del hombre en un empuje desde abajo; y la segunda, lo hace consistir en un don desde arriba.

La primera, mira a las fuerzas protoplasmáticas y cósmicas; y la segunda, a Dios y a la gracia Divina.

La primera explicación, solo puede mirar a un futuro de la progenie de los hijos de los hombres, la segunda, puede mirar al futuro de una progenie de los Hijos de Dios.

La una, mira retrospectivamente a la tierra como fuente del hombre; la otra, mira arriba, hacia el cielo.

Cuando muere un hombre, el que piensa solamente en términos de la tierra, las hojas de los arboles ni siquiera cantan un réquiem; para el que piensa en términos del cielo, cuando muere un hombre hasta la tierra se abre y devuelve sus muertos.

Ambos puntos de vista miran a un árbol: pues, como al principio, es un árbol lo que importa, cuando *el hombre se jugó todo un jardín, contra un fruto*. Y como el hombre cayo por causa de un árbol, era justo que fuera redimido por un árbol, pues un árbol es el enigma de toda la filosofía del universo, y la solución es *La Cruz*.

Jesucristo, entonces, es, Rey de Reyes, aunque las masas murmuren; “No permitiremos que este hombre gobierne”. Si ahora Él no ha de ser Rey por Amor, será Rey por Justicia en su segunda venida.

La paz de Cristo, en el Reino de Cristo; debe reemplazar la apostasía de las naciones y el vagar de los individuos que han abandonado las fuentes del agua viva y cavando para ellos cisternas que no pueden dar agua.

Jesucristo debe Reinar: ¿Cómo? Jesucristo Reina en la inteligencia, por medio de su doctrina; Reina en los corazones, por medio de la caridad; Reina en la vida humana, por medio de la observancia de sus leyes y la imitación de sus virtudes.

Jesucristo Reina en la familia, constituida por el sacramento del matrimonio; cuando este es considerado como una institución santa e inviolable; cuando la autoridad de los Padres representa la de Dios de quien fluye; cuando la obediencia de los Hijos es como la del Niño Jesús, y cuando toda su conducta se inspire en los ejemplos de la Sagrada Familia de Nazareth.

Finalmente; El Reina en la sociedad, cuando esta da a Dios el homenaje supremo que le es debido; cuando la autoridad reconoce en El su origen y norma de conducta.

De igual modo que todas las cosas existen para el hombre, así todos los hombres existen para Cristo.

¡Cuán inspirada se hallaba el alma de Isaac Newton, cuando descubrió la ley de la gravedad! El vio estrellas girando alrededor de estrellas más grandes, y luego, al percibir toda la bóveda de los cielos, sospecho que todo el sistema solar gravitaba en torno a otro. No había nada aislado en los cielos. Los millones de estrellas que poblaban los cielos vespertinos y que con infinitud de bujías, no fueron esparcidas por manos descuidadas, sino que fueron colocadas allí con una ley maravillosa. Y el mundo entero, se regocija con Newton.

Pero hay sin descifrar, una ley de gravitación aún más sublime.

Al igual que toda la creación se mueve hacia el hombre, así el hombre se mueve hacia el creador de la creación.

La pirámide de la creación que antes no se elevaba más alto que el hombre, asciende ahora hasta tocar la bóveda del cielo, pues “el Dios-hombre, la corona”.

Con Cristo, el mundo toma un carácter nuevo. Y es, que se convierte en un gran sacramento; una cosa material usada como medio de santificación espiritual.

En lugar de ser un fin, se vuelve un medio para un fin; lo visible viene a ser la escala por la cual ascendemos a lo invisible, y la materia se convierte en peldaño hacia lo espiritual.

El mundo no está destinado a sobrevivir; lo dice 2 San Pedro 3, 1-18.

Y cuando venga el día de los días, cuando el sol no se necesitara más porque el Verbo será la Luz, entonces Tu, oh Jesucristo, que has sido engendrado para amar al Padre como como ninguna creatura le ha amado antes, llevaras a todos los hombres, todos los espíritus de nuevo a Él, y como hombre, depositaras a los pies de tu Padre el botín de la victoria disfrutando Tu Soberanía, y “Dios estará todo en todos”. Entonces se cumplirá la oración: *Padre, que ellos sean uno, como Tú y Yo, somos Uno.*

Tal es el Himno a la Vida: “Todo es de ustedes, ustedes de Cristo, y Cristo de Dios Padre”. El universo entero es un maravilloso paraíso de perfección, que va desde el átomo, hasta el hombre: una inmensa cadena eslabonada mutuamente como las medidas de la música se hallan eslabonadas unas con otras para cautivar el alma con su belleza de conjunto. Esta es la clase de progreso que tiene alcance y dignidad.

Este es el progreso que no se detiene en el hombre, sino en Dios; un progreso que no espera que el hombre actúe como una bestia porque ha venido de una de estas, sino más bien espera que actúe como Dios, porque fue hecho a imagen y semejanza.

Esta es la clase de progreso que no comprende materia inanimada y bruta solamente, sino materia y espíritu, lo finito y lo infinito; esta es la clase de progreso, que ve todo el mundo material resumido en el Cuerpo Inmaculado de Cristo, y el cuerpo humano y angélico resumido en su Alma.

Un progreso que ve las orbitas y las hermandades de orbitas entrelazadas en Cristo, y que toda la Divinidad por los lazos de la Unión Hipostática: lazo indisoluble, más fuerte que el espacio y más fuerte que el tiempo; este es un progreso autentico entre el cielo y la tierra

Porque Cristo Jesús fue el Pontífice entre los dos; esta es la clase de progreso que siempre tiene sus ojos puestos en un árbol, donde ve al hombre no en la forma terrible de una bestia; sino a Dios mismo, redimiendo a un mundo, que a su nacimiento no le daría a El más que un pesebre y a su muerte la tumba de un extranjero.

Tres son las inclinaciones o tendencias en la vida de cada ser humano.

- 1) La vida.
- 2) La verdad.
- 3) El amor.

El primer anhelo con raíces profundas en el corazón humano: es el anhelo por la vida. De todos nuestros tesoros, es la vida, el último al que nosotros renunciamos. Títulos, gozos y riquezas, todos estos dones se van primero, pues todos son apenas servidores de la vida. Aun el mismo instinto que mueve a un hombre a poner su mano delante de él cuando camina en la oscuridad, prueba que está dispuesto a perder su mano, antes que poner en peligro su vida.

La segunda inclinación fundamental que opera en cada pecho humano: es el deseo de conocer la verdad. Cada niño es un filósofo en germen. Y una de las primeras preguntas de un niño en los momentos lucidos de su conciencia, es esta: ¿Por qué? Cuando niños, destrozamos nuestros juguetes para averiguar qué es lo que los hace moverse. Y cuando grandes, nunca perdemos el deseo de saber el “por qué” y el “con qué fin”, de las cosas, y con nuestro análisis mental dividimos el mismo juguete del universo entero, para averiguar. Y sucede que así como nuestro cuerpo clama por el alimento, nuestra alma clama por la verdad, porque esta es como el pan para el hambre y nadie puede vivir sin ella.

La tercera inclinación fundamental de la naturaleza humana: es el deseo de amar y ser amado. Desde el primer día en el jardín del Edén, cuando Dios dijo; “no es bueno que el hombre este solo” el hombre ha estado sediento, y aun lo está, por el amor. Cuando niño, es la madre la que

satisface sus anhelos; más tarde, son los verdaderos amigos con quienes podemos contar; posteriormente, es en el sacramento del Matrimonio donde la persona encuentra “otro” que comparta una vida común y que se consume amando el fruto de esa unión, “los hijos”. De modo, que “El Amor” es una exigencia de nuestra naturaleza.

Pero, ¿encontramos existencia, verdad, y amor, plenamente en esta vida? Poseemos una pequeña porción de vida, una pequeña porción de verdad, y una pequeña porción de amor, pero; ¿los poseemos en su cabalidad? ¡Claro que no!

La vida: no está enteramente bajo nuestro control. Cada tic tac del reloj, nos acerca a nuestro fin; “nuestros corazones son apenas tambores golpeando una marcha funeral hacia la tumba”. “De hora en hora, maduramos más y más; de minuto en minuto nos podremos más y más”. Hasta el mismo alimento que comemos, mientras nos nutre, paulatinamente corroe y desgasta la maquinaria de nuestro cuerpo.

La verdad: aunque es una condición de nuestra naturaleza, también es como un fantasma, porque mientras más estudiamos, menos sabemos, o menos pensamos que sabemos. Estudios profundos, abren nuevos campos de visión al estudio, mundos más allá del nuestro, mundos de gracia, cada uno con sus leyes propias. ¡Cuánto se corrigen a los prejuicios de la juventud, la búsqueda de la verdad! Santo Tomas de Aquino, la más grande mentalidad de estos 2.000 años, al final de su vida declaro, que todo lo que había escrito no era más que paja, comparada con la visión que la Verdad Divina es, en su infinita simplicidad.

Finalmente, *el amor, en su estado perfecto, no puede hallarse en este mundo*. Corazones rotos, hogares arruinados, juicios de divorcio, guerras y revoluciones; todo esto es prueba elocuente de que el hombre no ha encontrado *el amor verdadero y perdurable*. El amor parece muy rico en sus promesas; y sin embargo, después de procesos misteriosos inmerso en las cosas, llega a un punto de saciedad, y cuando se introduce el desorden, alcanza el punto del odio. Sin consideración a cuan feliz sea el amor humano, habrá de llegar el día de la separación para quienes se aman, y nada que termine es perfecto.

Aun cuando somos seres humanos, aun cuando poseemos tres inclinaciones fundamentales que son las fuentes principales de nuestro ser, sin embargo, no encontramos realizadas estas inclinaciones sobre la tierra.

La vida, esta mezclada con la muerte;

La verdad, esta mezclada con el error;

Y el amor se suele encontrar en compañía con el odio.

Nuestra vida, entonces, no está en las criaturas;

Nuestra verdad, no está en las palabras habladas;

Y nuestro amor, no está "incluso" en la persona humana.

Un ejemplo: supongamos que voy en busca de la luz; pero si me dirijo a mi cuarto, no puedo encontrarla, pues no podré encontrar la fuente de la luz, mientras busque en las sombras. Por eso, la fuente de la luz, no puede ser hallada bajo un escritorio, en una silla, o en un rincón; pues allí va estar mezclada con la oscuridad. ¿Entonces, donde hallar la fuente de la luz? Pues debo salir a algo que sea pura luz, es decir; el sol.

Así también, si deseo encontrar la fuente de la vida, y la verdad, y el amor que hay en este mundo; debo salir a una Vida que no esté mezclada con sombras de muerte, una Verdad que no está mezclada con las sombras del error, y a un Amor que no esté mezclado con los nubarrones de odio. Debo llegar hasta lo que es:

La Vida Pura.

La Verdad Pura.

Y el Amor Puro... ¡Que es Dios!

¿Pero dónde hallar la fuente de estas tres realidades? ¿Dónde encontrar, la Vida Perfecta, la Verdad Perfecta, y el Amor en su estado de Perfección? Es evidente que la Vida no puede existir con la muerte, la verdad con el error, y el amor con el odio.

Si queremos sondear las profundidades de Dios; que es Vida, Verdad y Amor; lo único que necesitamos es, internarnos en nuestro propio corazón y nuestra propia experiencia. Lo mejor de las cosas humanas, son apenas eso, reflejos débiles y lejanos, la fracción de aquello que en Dios es perfecto.

Si la posesión de la vida nos emociona y nos exalta; si la conquista o descubrimiento de una verdad nueva, nos trasporta a las alturas del goce intelectual; si el corazón humano en sus afectos más nobles y puros, tiene la facultad de arrojarnos al éxtasis del deleite.

¡Entonces que no hará el Consolador de Corazones! Si un corazón humano puede aumentar el goce de vivir: ¡Entonces que no podrá el gran Corazón de Dios!

SI LA CHISPA ES TAN BRILLANTE, ¡OH, COMO SERA LA LLAMA!

Atte: Samuel de Jesús Páez Avendaño

Sabado 18 de Octubre de 2014

Ramiriquí Boyacá Colombia

samypaxz@yahoo.com

Este libro fue distribuido por cortesía de:



Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:

<http://espanol.Free-eBooks.net>

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:



Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si

["publicas un comentario para este libro aquí"](#)



INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sin el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

<http://espanol.free-ebooks.net/tos.html>